

# Portavoz de la Gracia

NÚMERO 30

## EL PROPÓSITO ETERNO DE DIOS

---

*“Conforme al propósito eterno  
que hizo en Cristo Jesús  
nuestro Señor”.*

Efesios 3:11

**Nuestro propósito**

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia  
de Dios en la salvación y promover santidad  
verdadera en el corazón y la vida”.*

# Portavoz de la Gracia

30

## El propósito eterno de Dios

### Contenido

El gran plan de Dios para la redención.....	3
<i>David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)</i>	
El pacto de Dios en la eternidad.....	7
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
La naturaleza del pacto de Dios .....	12
<i>Patrick Gillespie (1617-1675)</i>	
Padre e Hijo coinciden.....	16
<i>Peter Bulkeley (1583-1659)</i>	
La realidad del plan de Dios .....	19
<i>R. B. C. Howell (1801-1868)</i>	
El mediador escogido.....	25
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
Gran esperanza en el propósito de Dios .....	30
<i>Thomas Brooks (1608-1680)</i>	
Designios de Dios en la muerte de Jesús .....	37
<i>A. A. Hodge (1823-1886)</i>	
El propósito de Dios consumado.....	43
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
Amando a Jesús por su obra eternal .....	48
<i>Isaac Ambrose (1604-1664)</i>	

Publicado por Chapel Library  
*Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2019 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

**En todo el mundo:** Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY  
2603 West Wright Street  
Pensacola, Florida 32505 USA  
*chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org*

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

*www.chapellibrary.org/spanish*

# EL GRAN PLAN DE DIOS PARA LA REDENCIÓN

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)

*“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor...” (Efesios 1:3-5).*

**E**l gran plan de Dios es sugerido en el versículo 3. En la eternidad, hubo un gran concilio entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El versículo que le sigue nos indica cuándo tuvo lugar: “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor...” (Ef. 1:4-5). ¿Comprendemos que nuestra salvación fue ideada antes de que el mundo fuera ideado o creado? Es la comprensión de este hecho lo que impulsa al hombre a ponerse en punta de pies y alabar a Dios a viva voz: “¡Nos escogió en él antes de la fundación del mundo!”.

Las tres Personas benditas en el concilio eterno se preocupaban por nosotros desde antes de la creación del mundo —Padre, Hijo y Espíritu Santo—. Las tres Personas se reunieron en conferencia (hablo con reverencia, en términos bíblicos) y la planearon. Descartemos, de una vez por todas, la idea de que la salvación fue una ocurrencia de último momento en la mente de Dios. No fue un pensamiento que se le ocurrió después de que el hombre cayera en pecado; fue planeada “antes de la fundación del mundo”. El Apóstol nos dice que la obra fue dividida entre las tres Personas, cada una comprometiéndose a cumplir tareas particulares. Esto es lo que llevó a los teólogos de la antigüedad a hablar de la “economía trinitaria”, [esto es] las tres Personas de la bendita Trinidad dividieron la obra: El Padre planeó, el Hijo la puso en práctica y el Espíritu Santo la aplica.

Esto resulta muy claro en este capítulo. Los versículos 4 al 6<sup>1</sup> nos dicen la parte del Padre; los versículos 7 al 12<sup>2</sup>, la parte del Hijo y en los

---

<sup>1</sup> “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, <sup>5</sup>en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, <sup>6</sup>para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado”.

versículos 13 y 14<sup>3</sup> la parte del Espíritu Santo; y notemos que, en cada caso, la descripción concluye con la frase “para alabanza de su gloria” o palabras similares. El concilio divino consideró todo “antes de la fundación del mundo”, dividió la obra y la planeó de esa manera. El Padre tiene su propósito; el Hijo dice voluntariamente que él lo llevaría a cabo, y vino y lo hizo; el Espíritu Santo dijo que estaba listo para aplicarla.

Pero antes de pasar a otro tema, tengo que agregar esto: Lo que realmente sucedió en ese concilio fue que Dios elaboró un gran pacto llamado el pacto de gracia o el pacto de redención<sup>4</sup>. ¿Por qué lo hizo así? Permítanme responder con otra pregunta. ¿Por qué dice el Apóstol: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”? Hay los que dicen que la respuesta es que [Pablo] quiere que sepamos la clase de Padre que es Dios. Coincido con eso —Dios en su bondad— y a fin de que sepamos qué clase de Padre es, dice: “Soy Dios y el Padre del Señor Jesucristo”. El Hijo es como el Padre, pero aun eso no lo expresa todo; hay mucho más que eso en esta afirmación.

<sup>2</sup> <sup>7</sup>“En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, <sup>8</sup>que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, <sup>9</sup>dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, <sup>10</sup>de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. <sup>11</sup>En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, <sup>12</sup>a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo”.

<sup>3</sup> <sup>13</sup>“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, <sup>14</sup>que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria”.

<sup>4</sup> Existen diversas opiniones entre los que creen en el propósito eterno de Dios para la salvación por medio de la Persona y la obra de Jesucristo. Algunos creen que el plan de Dios para salvación se expresa en dos pactos: (1) Un Pacto de Redención que él hizo en la eternidad entre los miembros de la Deidad, que constituye la base para el otro pacto: (2) Un Pacto de Gracia hecho en la historia entre Dios y sus escogidos (por ejemplo: John Owen, Thomas Goodwin, Charles Hodge, R. L. Dabney, David Martyn Lloyd-Jones, Nehemiah Coxe, R. B. C. Howell, etc.). Entre los que creen en un Pacto de Redención, algunos creen que fue acordado entre el Padre y el Hijo, mientras otros incluyen a todos los miembros de la Trinidad. Por otro lado, otros creen que el plan de Dios para salvación se expresa únicamente en un solo Pacto de Gracia que incluye un aspecto *eterno* entre los miembros de la Trinidad y un aspecto *histórico* entre Dios y sus escogidos (por ejemplo: Edmund Calamy, Thomas Boston, John Brown de Haddington, John Gill, Hugh Martin, Benjamin Keach, etc.). Aun así, todos coinciden que el plan eterno de Dios se revela en la historia a través de los pactos históricos de Dios y culmina en la Persona y la obra de Jesucristo. Charles Hodge sugiere: “No hay diferencia doctrinal entre los que prefieren una sola declaración y los que prefieren dos; entre los que incluyen toda la información de las Escrituras relacionada con el tema bajo un pacto entre Dios y Cristo como el representante de su pueblo, y aquellos que lo separan en dos”.

Esta nueva descripción de Dios es una de las declaraciones más importantes en el Nuevo Testamento. Volviendo al Antiguo Testamento, encontramos a Dios descrito como “el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob” (Éx. 3:6, 15). Dios también se refiere a sí mismo como “el Dios de Israel” (Éx. 24:10; 34:23), en cambio, ahora tenemos al “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Esto es para enseñarnos que todas las bendiciones que recibimos son en y por medio del Señor Jesucristo y como parte de ese pacto hecho entre las tres Personas benditas antes de la fundación del mundo.

Incluso, las bendiciones que recibieron los santos del Antiguo Testamento fueron a través del Señor Jesucristo. Antes de la fundación del mundo, Dios vio lo que le sucedería al hombre. Vio la Caída y el pecado del hombre y la necesidad de resolver este grave problema, y fue allí que se trazó el plan y se tomó un acuerdo entre el Padre y el Hijo. El Padre dio un pueblo al Hijo y el Hijo, por su propia voluntad, se hizo responsable por ellos ante Dios. Pactó hacer ciertas cosas por ellos y Dios el Padre, por su lado, convino en hacer otras cosas. Dios el Padre dijo que concedería perdón, reconciliación, restauración, nueva vida y una nueva naturaleza a todos los que pertenecieran a su Hijo. La condición era que el Hijo viniera al mundo y asumiera la naturaleza humana y el pecado de la humanidad para sufrir su castigo, tomar su lugar, representarla y sufrir por ella. Éste era el pacto, éste era el acuerdo y fue tomado “antes de la fundación del mundo”. Dios pudo informarle de eso en el Jardín del Edén cuando le dijo que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente (Gn. 3:15). Esto fue programado antes de la creación y Dios comenzó a anunciarlo, aun allí.

Posteriormente, se tomaron ciertas medidas suplementarias. Se hizo un pacto con Noé, con Abraham, con Moisés. Estos no fueron parte del pacto original hecho con el Hijo. Estos acuerdos fueron temporales, pero todos estos convenios suplementarios complementan el pacto original. Todos los tipos, y ofrendas y sacrificios ceremoniales señalaban a Cristo: “De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo” (Gá. 3:24) y su gran ofrenda. La Ley dada a Moisés no anula el pacto hecho con Abraham, [el cual], a su vez, señala de vuelta al gran pacto hecho con el Hijo mismo en la eternidad.

Por lo tanto, comenzamos a ver por qué Pablo dice: “El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Dios, antes del comienzo del tiempo y antes de que el mundo fuera creado, vio nuestro problema e hizo este acuerdo con su propio Hijo. Ha hecho un juramento, lo ha firmado, ha prometido cumplir un pacto, se ha comprometido a cumplirlo. Todo

está en Cristo. Él es nuestro Representante, es nuestro Mediador<sup>5</sup>, es nuestro Garante<sup>6</sup>; toda bendición viene en y a través de él. ¿Quién puede comprender lo que todo esto significó para el Padre, lo que esto significó para el Hijo y lo que significó para el Espíritu Santo? No obstante, ese es el evangelio ¡y sólo cuando empezamos a comprender algo de estas cosas, comenzamos a alabar a Dios!

Pensemos en el asunto de esta manera: Aquí estamos usted y yo, gusanos miserables en este mundo, gusanos miserables y arrogantes con nuestro orgullo y nuestra ignorancia espantosa. No merecemos más que ser borrados de la faz de la tierra. Pero lo que sucede es que antes de la fundación del mundo, este Dios bendito, estas tres Personas benditas, se enfocaron en nosotros, discurrieron acerca de nuestra situación, consideraron lo que nos sucedería y la consecuencia fue que estas tres personas —Dios— a quien el hombre nunca ha visto, se humillaron para tenernos en cuenta y elaboraron el gran plan de redención para que podamos ser perdonados y redimidos. El Hijo dijo: “Dejaré esta gloria por un tiempo, estaré en el vientre de una mujer, naceré como un infante, seré pobre, sufriré insultos en el mundo, incluso dejaré que me claven a una cruz y que me escupan en la cara”. De su propia voluntad se ofreció para hacer todo eso por nosotros y, en este preciso momento, esta Segunda Persona Bendita en la Trinidad está sentada a la diestra de Dios para representarnos a usted y a mí. Vino al mundo, murió por nosotros, resucitó y ascendió al cielo; y todo esto fue planeado “antes... del mundo” por usted y por mí.

¿Dice usted todavía que no le interesa la teología? ¿Dice todavía que no tiene tiempo para interesarse en la doctrina? Nunca comenzará usted a alabar a Dios ni a rendirle culto y adorarle, mientras no comience a comprender algo de lo que él ha hecho por usted. ¡“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”!

Tomado de *God's Ultimate Purpose: An Exposition of Ephesians 1* (El propósito definitivo de Dios: Una exposición de Efesios 1) (Edinburgh; Carlisle, PA: Banner of Truth Trust, 1978, pp. 53-56. Usado con permiso; [www.banneroftruth.org](http://www.banneroftruth.org)).

---

**David Martyn Lloyd-Jones** (1899-1981): Predicador expositivo y autor galés; nacido en Cardiff, Gales, Reino Unido.




---

<sup>5</sup> **Mediador** – Uno que interviene entre partes para lograr una reconciliación: Intermediario.

<sup>6</sup> **Garante** – Alguien que se compromete formalmente a hacerse cargo de las deudas u obligaciones de otro.

# EL PACTO DE DIOS EN LA ETERNIDAD

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

**P**ara comprender un pacto, hay que saber quiénes son los signatarios; segundo, cuáles son las estipulaciones del contrato; tercero, cuáles son sus objetivos y, luego, profundizando aún más, hay que comprender algo de los motivos que llevaron a las partes involucradas a establecer el pacto entre ellos.

Ahora bien, en este pacto de redención<sup>1</sup>, primero tenemos que observar las partes relevantes entre quienes se creó. [Este pacto] se constituyó antes de la fundación del mundo entre Dios el Padre y Dios el Hijo o, para decirlo de una manera todavía más bíblica, se acordó mutuamente entre las tres personas divinas de la santísima Trinidad. Este pacto no fue realizado directamente entre Dios y el hombre. El hombre, en ese entonces no existía; en cambio, Cristo asumió el papel de representante del hombre en el pacto. En ese sentido, podríamos admitir que fue un pacto entre Dios y el hombre, pero no un pacto entre Dios y ningún hombre personal e individualmente. Fue un pacto entre Dios y Cristo y, a través de Cristo, indirectamente con toda la simiente amada por él y comprada con sangre desde la fundación del mundo. Es un pensamiento noble y glorioso —que mucho antes de que la estrella de la mañana supiera cuál sería su lugar, antes de que Dios creara de la nada todo lo que existe, antes de que las alas del ángel se hubieran desplegado llevándolo por regiones espaciales donde nadie jamás había llegado, antes de que algún canto solitario hubiera extendido la solemnidad del silencio en el que Dios reinaba supremo, ya se había reunido con sí mismo, con su Hijo y con su Espíritu Santo—. Y en ese concilio había planeado, decretado, determinado, propuesto y predestinado la salvación de su pueblo.

Además, en el pacto había organizado los medios, y fijado y asentado todo, a fin de que todas las cosas ayudaran a bien para el cumplimiento del propósito y del decreto<sup>2</sup>. Mi alma se remonta ahora en alas

---

<sup>1</sup> **Nota del editor:** El autor usó originalmente la expresión *Pacto de Gracia*, ateniéndose a un pacto con un aspecto eterno y uno histórico (ver página 2, nota 4 de pie de página). Para guardar una continuidad entre los artículos, hemos usado *Pacto de Redención* para expresar el aspecto eterno del plan divino de salvación.

<sup>2</sup> **Decreto** — “¿Cuáles son los decretos de Dios? R. Los decretos de Dios son su propósito eterno, según los designios de su voluntad, por lo que para su propia gloria ha predeterminado todo lo que habrá de pasar”. (*Catecismo de Spurgeon*, P. 7. Disponible en CHAPEL LIBRARY).



de la imaginación y de la fe a fijar mis ojos en aquel recinto misterioso del concilio y, por fe, contemplo al Padre comprometiéndose con el Hijo y al Hijo comprometiéndose con el Padre, mientras que el Espíritu se compromete con ambos. Y así fue que aquel compromiso divino, que habría de permanecer escondido en tinieblas por largo tiempo, se completó y adoptó; el pacto que en estos últimos tiempos ha sido leído en la luz celestial y ha llegado a ser el gozo, esperanza y orgullo de todos los santos.

**Y ahora, ¿cuáles eran las estipulaciones<sup>3</sup> de este pacto?** Dios había previsto que después de la creación, el hombre quebrantaría el Pacto de Obras<sup>4</sup>, que no importa lo benévola y benigna que fueran las condiciones bajo las cuales Adán tenía posesión del Paraíso, esas disposiciones serían demasiado severas para él e, indudablemente, se opondría a ellas resultando en su propia ruina. Dios también había previsto que sus escogidos, a quienes había elegido de entre el resto de la humanidad, caerían por el pecado de Adán, porque ellos, al igual que el resto de la humanidad, estaban representados en Adán. Por lo tanto, el pacto tenía como fin la restauración de su pueblo escogido.

Y ahora, nos será más fácil comprender cuáles eran las estipulaciones. En lo que toca al Padre, el pacto fue así. No lo puedo expresar en la gloriosa lengua celestial en que fue escrito, [pero] quiero expresarlo de manera que sea adecuada para el oído de la carne y el corazón del mortal. El pacto se expresó en líneas tales como estas: “Yo, Jehová Altísimo, por este intermedio doy a mi unigénito Hijo amado, un pueblo más numeroso que las estrellas; que por él y a través de él, serán limpios de su pecado; a través de él preservado, guardado y guiado; y a través de él, al final, presentado ante mi trono sin mancha ni arruga ni cosa semejante (Ef. 5:27). Declaro bajo juramento y juro por mí mismo, porque no puedo jurar por nadie superior, que aquellos que ahora doy a Cristo, serán por siempre objetos de mi amor eterno. Les perdonaré por los méritos de la sangre. A estos les daré justicia y rectitud perfecta; a estos adoptaré y los haré hijos e hijas y, a través de Cristo, reinarán conmigo eternamente”.

Así rezaba el lado glorioso del pacto. También el Espíritu Santo, como uno de las partes excelsas contratantes en este lado del pacto, hizo su declaración. “Asumo el pacto”, dice él, “de que a todo aquel que el Padre da al Hijo, yo vivificaré en su momento. Les mostraré su

---

<sup>3</sup> **Estipulaciones** – Condiciones de un contrato o acuerdo.

<sup>4</sup> **Pacto de obras** – Acuerdo o administración que Dios estableció con Adán en el Jardín del Edén (Gn. 2:15-17) antes de su caída en el pecado (Gn. 3:1-7). Establecía la obligación del hombre de obedecer a Dios, so pena de muerte si desobedecía (Gn. 2:16-17).

necesidad de ser redimidos, les quitaré toda esperanza injustificada y destruiré los refugios de sus mentiras. Los llevaré a la sangre rociada, les daré fe por la cual esta sangre les será aplicada. Obraré en ellos toda gracia. Mantendré viva su fe. Les limpiaré y eliminaré toda depravación y serán presentados sin mancha ni falta en el último día”. Éste fue un lado del pacto que, aún el día de hoy, se está cumpliendo y guardando puntualmente.

En cuanto a la otra parte del pacto, ésta fue la parte que asumió Cristo. Declaró y pactó con su Padre: “Padre mío, por mi parte, convido en que llegado el cumplimiento del tiempo bajaré a la tierra como hombre, asumiré la forma y naturaleza de la raza caída. Viviré en su mundo desventurado y, por mi pueblo, cumpliré la Ley a la perfección. Practicaré una justicia sin mancha que será aceptable a las demandas de tu Ley justa y santa. Cuando se haya cumplido el tiempo, cargaré con los pecados de todo mi pueblo. Sufiré y por mis llagas serán ellos curados. Padre mío, me comprometo y prometo que seré obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Magnificaré tu Ley y la haré honorable. Sufiré todo lo que a ellos les correspondía sufrir. Soportaré la maldición de tu Ley y toda la copa de tu ira será vaciada sobre mi cabeza. Luego resucitaré, ascenderé al cielo, intercederé por ellos sentado a tu diestra y me haré responsable por cada uno de ellos, de manera que ni uno de los que me diste se perderá jamás, sino que traeré a todas mis ovejas que, por mi sangre, me has hecho su pastor. Te traeré a todos a salvo en el último día”.

¡Eso decía el pacto! Y ahora, creo que tendrán ustedes una idea clara de lo que era y es su lugar en la actualidad; el pacto entre Dios el Padre, Dios el Espíritu y Dios el Hijo como Cabeza del pacto y representante de todos los escogidos de Dios. Les he dicho, lo más brevemente posible, lo que fueron sus estipulaciones. [Por favor noten], mis queridos amigos, que el pacto fue, por una parte, cumplido perfectamente: Dios el Hijo pagó las deudas de todos sus escogidos. Por nosotros los hombres y para nuestra redención toda la ira divina cayó sobre él. No queda nada pendiente en esta parte de la cuestión, excepto que Cristo seguirá intercediendo para llevar a salvo a todos sus redimidos a la gloria.

Por el lado del Padre, esta parte del pacto se ha ido cumpliendo durante años sin cuenta. Dios el Padre y Dios el Espíritu no han sido remisos con su contrato divino. Y este lado será tan total y completamente terminado y cumplido como el otro. Cristo puede decir de lo que prometió hacer: “Consumado es” (Jn. 19:30)... Todos por los cuales Cristo murió serán perdonados, todos justificados y todos adopta-

dos. El Espíritu los vivificará a todos, les dará toda fe, los llevará a todos al cielo y cada uno de ellos sin obstrucción ni obstáculo será declarado acepto en el Amado aquel día cuando el pueblo será contado y Jesús será glorificado.

**Habiendo determinado quiénes fueron las excelsas partes contratantes y cuáles los términos del pacto entre ellos, veamos ahora quiénes fueron los objetos de este pacto.** ¿Fue hecho el pacto para todos los descendientes de Adán? De ninguna manera. Descubrimos el secreto por lo visible. Lo que contiene el pacto es para ser visto a su tiempo por los ojos y escuchado por los oídos. Veo a multitudes pereciendo, continuando lascivamente en sus malos caminos, rechazando el [llamado] de Cristo que les es presentado día tras día con el evangelio, pisoteando la sangre del Hijo del Hombre, desafiando al Espíritu que lucha por ellos. Veo a estos hombres yendo de mal en peor, al final, muriendo en sus pecados. No soy tan necio como para creer que tienen parte alguna en el Pacto de Redención. Aquellos que mueren impenitentes<sup>5</sup>, las multitudes que rechazan al Salvador, prueban claramente que no tienen parte en el pacto sagrado de gracia divina porque, si se interesaran en él, habría marcas y evidencias indubitables que nos lo mostrarían. Encontraríamos que, a su tiempo en esta vida, se arrepentirían, serían lavados en la sangre del Salvador y serían salvos. El pacto —en una palabra y a pesar de lo ofensiva que sea la doctrina— se relaciona con los escogidos y con nadie más.

¿Le ofende lo antedicho? Siéntase más ofendido aún. ¿Qué dijo Cristo? “Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son” (Jn. 17:9). Si Cristo ora sólo por los escogidos, ¿por qué habría de enojarse usted?... Cuantos crean, cuantos confíen en Cristo, cuantos perseveren hasta lo último, cuantos entren al descanso eterno, los tales y no más que ellos, se interesan por el pacto de gracia eterna.

**Además, tenemos que considerar los motivos de este pacto.** ¿Por qué era el pacto absolutamente necesario? No había ningún imperativo ni ninguna obligación de parte de Dios. Todavía no existía ninguna. Aun si la criatura hubiera podido tener alguna influencia sobre el Creador, no existía ninguna en el periodo cuando se hizo el pacto. No podemos buscar el motivo en ninguna parte, excepto en él mismo porque de Dios se puede decir, literalmente, desde aquel día: “No hay más que yo; yo Jehová, y ninguno más que yo” (Is. 45:6). Entonces, ¿por qué

---

<sup>5</sup> **Impenitente** – No sentir vergüenza o remordimiento por los pecados propios; sin arrepentimiento.

hizo el pacto? Respondo: “Su soberanía absoluta lo dictaminó”. Pero, ¿por qué fueron ciertos hombres su objeto y otros no? Respondo: “La gracia divina guió su contenido”. No fue el mérito del hombre, no fue nada que Dios previó en nosotros que lo llevó a escoger a muchos y dejar a otros que siguieran en sus pecados. No fue nada que hubiera en ellos; fue la soberanía combinada con la gracia lo que llevó a cabo la elección... “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia... Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Ro. 9:15-16). Su soberanía escogió, su gracia determinó y su inmutabilidad<sup>6</sup> decretó. Ningún motivo dictó la elección de individuos, excepto el motivo de amor y soberanía divina en él mismo. No cabe duda que la intención maravillosa de Dios en hacer el pacto fue su propia gloria; cualquier motivo inferior estaría por debajo de su dignidad. Dios tiene que encontrar sus motivos en él mismo: No tiene por qué buscar en polillas y gusanos los motivos de sus actos. Él es el “YO SOY” (Éx. 3:14).

Él hace lo que quiere en las huestes de los cielos. ¡Quién puede detener su mano y decirle: “¿Qué haces?”! ¿Le pregunta el barro al alfarero el motivo por el cual lo moldea hasta convertirlo en vasija? ¿La cosa formada puede, antes de su creación, dictarle a su Creador? No, dejemos que Dios sea Dios, dejemos que el hombre se reduzca hasta su nada original. ...[Dios] encuentra sus motivos en sí mismo. Es auto-suficiente y nada encuentra ni necesita más que a sí mismo. Ésta ha sido mi exposición, tan ampliamente como el tiempo esta mañana me ha permitido, sobre el pacto. Quiera el Espíritu Santo guiarnos a hacer nuestra, esta sublime verdad.

Tomado de un sermón predicado la mañana del Día del Señor, 4 de febrero, 1859, en el Music Hall, Royal Surrey Gardens.

---

**Charles H. Spurgeon** (1834-1892): Influyente predicador bautista británico; nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra, Reino Unido.



---

<sup>6</sup> **Inmutabilidad** – Cualidad de no cambiar.

# LA NATURALEZA DEL PACTO DE DIOS

Patrick Gillespie (1617-1675)

La naturaleza general de este pacto es como todos los demás<sup>1</sup>. Sean las que fueren las diferencias que hacen exclusivo a un pacto, lo siguiente es esencial y común a todos ellos: Son *acuerdos*. Y es una transacción y acuerdo entre [el Padre] y Cristo el Mediador sobre la obra de nuestra redención. Notaremos la característica exclusiva de su naturaleza, al investigar un poco los diversos actos eternos de la voluntad de Dios que sucedieron al mismo tiempo para formar este acuerdo.

Suponiendo que el propósito de Dios fue exigir una satisfacción de su justicia para salvar al hombre, estos actos eternos de la voluntad de Dios ocurrieron juntos en el tiempo y se unieron en este acuerdo:

(1) **La designación de una persona para realizar esta obra.** Tenía que haber una persona apartada y nombrada desde la eternidad para realizar esta obra de redención y esta persona fue el Hijo únicamente, no el Padre ni el Espíritu: “Ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros” (1 P. 1:20).

(2) **La preparación y adecuación de la persona apartada para tomar nuestro lugar, según la Ley, para que la justicia lo hiriera y castigara en nuestro lugar.** [Esto] fue decretado también por un acto eterno de la voluntad de Dios: El Hijo de Dios sería Emanuel: “Dios con nosotros” o “Dios... manifestado en la carne” (Is. 7:14; Mt. 1:23; 1 Ti. 3:16). Estas, sus propias palabras, se refieren a esta encarnación del Hijo de Dios. [Y] para realizar esta gran misión fue predestinado, a fin de estar capacitado para hacer esta obra. “Me preparaste cuerpo” (He. 10:5).

(3) **El llamado a la persona designada.** Un llamado es un acto diferente al de una designación; es algo más. Cristo fue llamado a esta

---

<sup>1</sup> Gillespie escribió dos voluminosos tomos sobre los pactos de Dios: *The Ark of the Testament Opened* (El arca del testamento abierta) y *The Ark of the Covenant Opened* (El arca del pacto abierta). En el primero, páginas 49 al 51, explica: “Seis cosas son esenciales en todos los pactos”. Estas son: 1. Un pacto debe incluir a, por lo menos, dos partes [participantes]. 2. La propia naturaleza y esencia de un pacto es que se trata de un acuerdo entre dos o más partes. 3. Debe tener condiciones mutuas, es decir, cosas que cada parte promete realizar. 4. Un pacto tiene que fijar obligaciones mutuas de las partes. 5. Debe tener como su intención, el bien mutuo de las partes comprometidas. 6. Un pacto legal, divino o humano, es obligatorio e inviolable [*sagrado y no debe ser quebrantado*].

obra por un acto eterno de la voluntad de Dios y mucho antes de que viniera al mundo. “Entonces hablaste en visión a tu santo, y dijiste: He puesto el socorro sobre uno que es poderoso; he exaltado a un escogido de mi pueblo” (Sal. 89:19). Y “Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones” (Is. 42:6). “Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino al que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy” (He. 5:5).

**(4) La investidura de la persona designada con oficios, poderes y autoridad para hacer esta obra...** Por un acto eterno de la voluntad de Dios, fue escogido e investido de estos oficios y poderes desde la eternidad y tuvo la gloria del Mediador designado llamado e investido. Como sugiere claramente: “Eternamente tuve el principado” dice la Sabiduría (Pr. 8:23). Varios expositores lo expresan: “Fui llamado o fui ungido”. “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn. 17:5).

**(5) La misión del Hijo.** Cristo fue enviado para realizar esta obra por un acto eterno en el concilio de Dios. Tuvo una misión solemne, eterna y autoritativa, un mandato de ir y se le ordenó ir. Recibió la voluntad de Dios para esta obra por un acto o comisión eterna, mucho antes que, de hecho, se anunciara bajo la Ley, a lo que se refiere cuando dice: “Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí” (He. 10:7), aquella voluntad de Dios que estaba registrada en el libro de sus decretos eternos: “Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió” (Jn. 6:39). Y “este mandamiento recibí de mi Padre” (Jn. 10:18). Pero en todos estos, no se trata tanto de recalcar la diferencia entre los actos, como de tomar nota de la distinción y diferencia usada por el Espíritu Santo al hablar de este misterio en las Escrituras.

[Cristo], siendo la otra parte, aceptó este acuerdo dando su consentimiento y aprobación personal y eterna a todos estos actos de la voluntad de Dios. Porque Cristo, siendo Dios igual al Padre, no empieza a aprobar ni acordar nada en el tiempo, ni puede el Hijo eterno de Dios acordar nada en el tiempo, que no acordó y aceptó desde la eternidad. Más bien, Cristo estaba presente con el Padre y consintió y acordó desde la eternidad cumplir estos actos eternos:

**1. Consintió en ser la persona que satisfaría la justicia de Dios.** Aceptó indubitablemente y se ofreció a sí mismo; dijo: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (He. 10:5, 7). Derramó su vida hasta la muerte (Is. 53:12).

**2. Consintió en humillarse para [cumplir] esta obra de él requerida.** Tú “lo hiciste un poco menor que los ángeles” (He. 2:7), para dejar su trono de gloria y bajar al estrado debajo de sus pies, para allí ser humillado. ¡El Señor de la Ley fue puesto bajo la Ley (Gá. 4:4)! El Santísimo que no conocía pecado fue enviado “en semejanza de carne de pecado” (Ro. 8:3). “El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:6-8).

**3. Consintió y estuvo de acuerdo con el acto eterno de su llamado a esta obra.** Fue la voluntad del Padre que se ocupara de este asunto, y fue la suya también. Fue un siervo dispuesto... “Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me torné atrás” (Is. 50:5).

**4. Consintió en asumir estos oficios y obligaciones que la obra de redención requería.** No hubo nada forzado ni hubo limitaciones, ninguna necesidad de su naturaleza que requiriera árbitros entre dos partes en desacuerdo, ni de que se expusiera al fuego que habíamos encendido, de que fuera él un sacrificio por nuestros pecados, ni que en la dispensación recibiera un reino<sup>2</sup>, sino que sincera y libremente consintió hacer todas estas cosas. “Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo” (Jn. 10:18). “Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste” (Jn. 17:2). “Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra” (Pr. 8:23).

**5. Consintió que su Padre lo enviara [en esta] misión y estaba muy dispuesto a cumplirla.** Sí, tan entusiasta fue su consentimiento que se deleitó en él: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:8). “Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Jn. 4:34). Y a todas estas cosas dio su consentimiento personal desde la eternidad y con todo gusto se deleitó en los futuros logros de estos actos eternos de la voluntad de Dios relacionados con los hombres: “Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra... Con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo. Me regocijo en la parte

---

<sup>2</sup> “en la dispensación recibiera un reino” — Éste no es el reino natural sobre el cual gobierna como Dios el Hijo; es más bien el reino que su Padre dio a Cristo como una recompensa por su obediencia gozosa y completa como Mediador entre Dios y sus escogidos. “Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia” (1 Co. 15:24).

habitable de su tierra; y mis delicias son con los hijos de los hombres” (Pr. 8:23, 30-31).

Tomado de *The Ark of the Covenant Opened* (El arca del pacto abierta).

---

**Patrick Gillespie** (1617-1675): Pastor escocés, pactante y director de la Universidad de Glasgow, murió en Leith, Escocia, Reino Unido.



El Señor Jesús no debe ser considerado como el amigo de un día, ni nuestro Salvador sólo durante su vida sobre la tierra, sino como el Cordero inmolado desde antes de la fundación del mundo, el Mediador ungido desde los días de la eternidad. Por fe, lo veo como el Hijo eterno de Dios; lo veo firme en el propósito del Padre como cabeza de pacto de los escogidos. Lo veo nacer de una mujer llegado el cumplimiento del tiempo, pero no olvido que su vigencia es desde la eternidad y que, antes de que a la estrella de la mañana se le asignara su lugar, se complacía de los hijos de los hombres. Lo veo clamando: “Consumado es”. Lo veo dejando caer su cabeza. Sin embargo, no olvido que no está muerto, sino que cuando el mundo fenezca y el tiempo concluya su reinado, entonces, el Anciano de días vivirá y florecerá en una juventud inmortal. Jesucristo es el Alfa y la Omega, según los propósitos eternos y las transacciones del pacto de Dios. —*Charles H. Spurgeon*

El pacto entre el Padre y el Hijo es el fundamento de la totalidad de nuestra salvación. —*Herman Witsius*



# PADRE E HIJO COINCIDEN

Peter Bulkeley (1583-1659)

**Q**ue existe un pacto entre el Padre y el Hijo con respecto a nuestra salvación, lo admito con gusto, y me propongo enfocarlo y confirmarlo con las Escrituras. Todo el tema de nuestra salvación fue tramitado entre el Padre y Cristo antes de sernos revelado a nosotros. De allí que fue dicho que somos dados a Cristo (Jn. 17:6, 10) como si el Padre dijera al Hijo: “A estos tomo como vasijas de misericordia, tráemelos a mí porque se destruirán a sí mismos, pero tú los salvarás de su condición perdida”. Y entonces, el Hijo los toma de la mano de su Padre y, viendo la voluntad de su Padre (Jn. 6:37-39), se ocupa de que no se pierda ninguno de los que su Padre le dio.

**Este pacto es presentado en las Escrituras, primero, desde el punto de vista del *Padre***

1. Hay una designación y nombramiento de Cristo el Hijo, al oficio de Mediador<sup>1</sup> para que sea el medio de retornarnos a Dios y para hacer un pacto con él. Por lo tanto, dice la Palabra que Cristo fue señalado por el Padre (Jn. 6:27) como escogido para tal fin (1 P. 1:18-19). Fue ordenado en el concilio del Padre, antes de la fundación del mundo. Por lo tanto, dicen las Escrituras que fue escogido por el Padre (Is. 42:1), destacando su designación para esta obra.

2. Hay un mandato del Padre al Hijo, al cual éste debe someterse y obedecer para lograr la salvación de su pueblo. Como Profeta de la Iglesia, tenía un mandato de lo que debía enseñar e instruir a sus discípulos (Jn. 12:49). Tenía el mandamiento de iluminar a los escogidos con el conocimiento de la verdad (Is. 42:6-7), ser luz a los gentiles para abrirles los ojos, etc... También el de dar su vida por los que le fueron dados (Jn. 10:18) y de cuidar las ovejas llevándolas en su seno (Is. 40:11).

---

<sup>1</sup> **Mediador** – Un intermediario: “Agradó a Dios, en su propósito eterno, escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, conforme al pacto hecho entre ambos, para que fuera el mediador entre Dios y el hombre; profeta, sacerdote, y rey; cabeza y Salvador de la iglesia, el heredero de todas las cosas y juez del mundo; a quien dio, desde toda la eternidad, un pueblo para que fuera su simiente y para que a su tiempo lo redimiera, llamara, justificara, santificara y glorificara”. (Confesión Bautista de Fe de 1689, 8.1. Ver también Portavoz de la Gracia N°23: *Cristo el Mediador*, ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY).

### 3. Hay una promesa del Padre al Hijo, [es decir] el Padre pacta con él:

(1) Le dará el Espíritu en abundancia: “Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová” (Is. 42:1; 11:1-2).

(2) Le promete auxiliarlo y ayudarlo en esta gran obra de redención. “Te sostendré por la mano” (Is. 42:6). ¿Qué significa eso? Dios dijo acerca de Ciro: “[lo] tomé yo por su mano derecha” o sea, le he dado fuerza para conquistar las naciones (*ver* Is. 45:1). Por eso mismo, dijo Dios que sostendría la mano de Cristo; aunque sufriera fuertes oposiciones, [el Padre] lo fortalecería con su poder para que no se desalentara (Is. 42:4).

(3) Le promete un éxito bendecido de modo que no trabajará en vano. Vería su simiente (Is. 53:10): Los sufrimientos de Cristo fueron como los de una mujer dando a luz; aunque sufre muchos dolores, cuando tiene a su hijo entre sus brazos, se olvida de todo lo demás. Así también, Cristo verá a muchos creer en su nombre (Is. 55:5). Son promesas dadas por el Padre al Hijo que indican que las naciones que no lo conocen correrán a él.

(4) Le promete que tendrá autoridad y potestad para ejercer dominio sobre todos los que son salvos por él. Este señorío le es prometido en Isaías 40:10: El Señor Jesús vendrá con poder “y su brazo señoreará”. Y en Isaías 42:4: “No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su ley” para someterse a él. De allí que dice Miqueas 4:3: “Y él juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas” o sea, gobernará, ordenará, mandará y dirigirá como Juez y Soberano entre su pueblo; promesa que ahora se ha cumplido, ya que todo juicio ha sido adjudicado al Hijo (Jn. 5:22).

(5) Le promete que después de ejercer su dominio y potestad vendrá la gloria, primero a Cristo mismo y luego a los miembros de Cristo. A Cristo mismo: “He aquí, llamarás a una nación que no conocías, y una nación que no te conocía, correrá a ti a causa del Señor tu Dios, el Santo de Israel; porque Él te ha glorificado” (Is. 55:5 LBLA). Son las palabras de Dios el Padre a Cristo el Hijo prometiéndole gloria, gloria tal que haría que las naciones corrieran a él! Lo mismo es con los miembros de Cristo: Hay una promesa de gloria para ellos, promesa que fue dada a conocer a Cristo desde el principio. Cristo saca a la luz ese secreto desde el seno del Padre, revelándolo a sus discípulos. Dice: “No temáis... porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Lc. 12:32). Cristo conocía la voluntad del Padre por el pacto acordado entre el Padre y él, y les da a conocer la gloria que les es prometida. Es pues evidente que hay un pacto de parte del Padre.

### Veamos ahora la parte de *Cristo*

1. **Cristo acepta el oficio que le ha designado el Padre.** No se adjudicó él mismo el cargo de Mediador, sino que fue el Padre quien lo llamó a tomarlo; luego el Hijo lo aceptó y dijo: “He aquí que vengo” (Sal. 40:7-8; He. 10:7).

2. **Promete depender de Dios y confiar en su ayuda, debido a la promesa hecha por el Padre.** Es así que [en] Hebreos 2:13, el Apóstol presenta a Cristo prometiendo confianza y seguridad en el Padre: “Yo confiaré en él”. E Isaías lo presenta buscando la ayuda de Dios: “Porque Jehová el Señor me ayudará”; “¿Quién es el adversario de mi causa?” —Hombres y demonios—. “He aquí que Jehová el Señor me ayudará” (Is. 50:7-9). Promete esperar de su Padre, apoyo y fuerzas, por lo que [también acepta] en Isaías 49:5: “El Dios mío será mi fuerza”.

3. **Promete someterse a la voluntad de su Padre, de llevar sobre sí los reproches e injurias que sufriría y dar su vida por aquellos que el Padre le dio (Is. 50:5-6; Jn. 10:17-18).** Y Cristo fue muy cuidadoso en cumplir todo lo que pactó con el Padre (Jn. 17:4-6; 12:49-50).

4. **Debido a la totalidad de este pacto hecho entre el Padre y Cristo, Cristo espera la gloria que le fue prometida a él y a sus miembros.** A él mismo: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn. 17:5). Y a sus miembros: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Jn. 17:24). Espera el cumplimiento de ambas promesas por parte del Padre.

Hasta aquí concedo que hay un pacto entre Dios el Padre y Cristo. Dios es llamado: “El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef. 1:3), en razón del pacto que hicieron entre ellos.

Tomado de *The Gospel-Covenant, or the Covenant of Grace Opened* (El pacto del evangelio o el Pacto de gracia abierto), de dominio público.

---

**Peter Bulkeley** (1583-1659): Pastor puritano de la antigüedad, quien dejó Inglaterra estableciéndose en la colonia en Massachusetts; nacido en Odell, Bedfordshire, Inglaterra, Reino Unido.



# LA REALIDAD DEL PLAN DE DIOS

R. B. C. Howell (1801-1868)

**L**a Palabra de Dios enuncia de principio a fin, el más amplio de los testimonios sobre la verdadera existencia del Pacto de Redención, llamado Pacto de Gracia por la mayoría de los escritores.

Por ejemplo, el carácter de Garante<sup>1</sup> dado al Salvador en los oráculos divinos, incluye necesariamente la instauración de un pacto. Lo menos que puede decirse de esa asignación es que el que lleva ese título es, de hecho, el representante de terceros y, por lo tanto, asume el compromiso de cumplir ciertas obligaciones en el nombre y para el beneficio de estos (He. 7:22). Cuando Cristo estaba a punto de ofrecer su propia vida en la cruz, dijo: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (He. 10:7). Pero, ¿cómo se hubiera sabido que este terrible sacrificio era la voluntad de Dios, si él no lo hubiera declarado antes? Los profetas abundan en declaraciones afirmativas del pacto de redención. El Padre dijo al Mesías: “Yo Jehová te he llamado..., y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas” (Is. 42:6-7). Y también: “Así dijo Jehová: ... te guardaré, y te daré por pacto al pueblo” (Is. 49:8). Pero, más detalladamente, dice de él: “Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos. Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores” (Is. 53:10-12). El último de los profetas, anunciando su venida dice: “Vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Mal. 3:1).

De estos textos y otros similares, aprendemos que, por el acto generoso del Padre, Cristo el Hijo fue constituido el Garante de su pueblo; que cuando “se dio a sí mismo por nosotros” (Tit. 2:14), fue de acuerdo con la voluntad de Dios previamente declarada y que fue llamado

---

<sup>1</sup> **Garante** – Alguien que se compromete formalmente a hacerse cargo de las deudas u obligaciones de otro. Como nuestro Garante, Cristo garantizó una satisfacción legal completa por nuestros pecados y nuestro perdón al pagar nuestra deuda en la cruz del Calvario.

por el Padre para realizar esta obra, quien, para nuestra redención, hizo de su alma un pago por el pecado. ¿Ocurrió todo esto sin un consentimiento y acuerdo previo? El que *este pacto fue hecho antes de la caída del hombre* es una verdad sostenida en la Palabra divina por las evidencias más indubitables.

Es sostenida plenamente por Pedro cuando, dirigiéndose a los cristianos en todas las naciones, dijo: “Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios” (1 P. 1:18-21). Pablo da un testimonio igual al declarar: “En la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos” (Tit. 1:2). Dice: “Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Ti. 1:9). Y también: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Ef. 1:3-4). En conclusión, el pacto de redención se estableció antes de la creación del mundo.

**El nombre mismo revela el propósito del pacto.** Anticipaba la redención<sup>2</sup> y salvación de los hombres. No obstante, el plan por el cual estos resultados eran obtenidos, tenía que ser tal que, a la vez, glorificara por igual la pureza, justicia y honra de las tres Personas de la santísima Trinidad. Es imposible que se hubiera diseñado o aprobado algún plan que no cumpliera estos fines. Si el hombre hubiera sido restaurado a la felicidad sin cumplir estas demandas, Dios —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— hubiera sido deshonrado. Por lo tanto, el diseño del pacto incluía crear una armonía perfecta entre la salvación del hombre y la gloria de Dios.

**Las partes contratantes se distinguen claramente.** No obstante, esta parte de nuestro tema requiere algo más detallado. Resulta claro que el hombre no pudo ser una de estas partes, porque... el pacto fue acor-

---

<sup>2</sup> **Redención** —La obra de Salvación por Cristo, vista como un acto de rescatar al pecador de la esclavitud del pecado y de Satanás, “comprándolo de vuelta”, y cuyo pago fue la sangre preciosa de Cristo.

dado desde antes de la fundación del mundo, el cual, obviamente, todavía no existía. Su felicidad era indudablemente su objetivo, pero cuando fue formulado, de ninguna manera pudo haber participado. Pero aun si hubiera sido de otra manera, era imposible que el ser humano hubiera podido cumplir todos los términos de la redención. Nadie que no fuera una persona divina, hubiera podido tomar sobre sí nuestra naturaleza, soportar la ira del Altísimo y “magnificar la ley” (Is. 42:21) por medio de una obediencia perfecta.

Por estas mismas razones, tampoco los ángeles hubieran podido ser parte en este pacto. Sobrepasan al hombre en la espiritualidad de su esencia y la medida de sus poderes; pero aun así, al igual que los hombres, su naturaleza es demasiado limitada. Además, pertenecen a otra clase de seres quienes nunca podrían, ya sea por medio de la encarnación o de alguna otra forma, llegar a ser tan semejantes a nosotros como para cumplir los designios propuestos.

¿Quiénes, pues, fueron las partes pactantes? La respuesta es que fueron los mismos que al principio dijeron: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (Gn. 1:26). Fueron *Dios*, como se nos dio a conocer en las personas exaltadas del *Padre*, del *Hijo* y del *Espíritu Santo*. Ciertamente: “Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Dt. 6:4) y “no hay más Dios que yo” (Is. 45:21). Pero es igualmente cierto que con el propósito de redimirnos, se nos revela en la forma de una Trinidad gloriosa, todas las Personas que son “las mismas en sustancia, iguales en poder y gloria”. Para [cada una] de ellas el pecado era, en todo sentido, tan repugnante como para las otras. El honor de cada una estaba igualmente comprometido en exigir su repreensión y castigo. El consenso entre las tres era, por lo tanto, necesario para cualquier recurso por el cual podía ser evitado el castigo de los que pecan. Este consenso no fue difícil, pues el amor que impulsó a la redención, ardía con igual intensidad en el corazón de cada una de las partes. La promesa de vida eterna fue ciertamente hecha por el Padre, pero no era exclusiva de él. Era, igualmente, una expresión de la bondad de las otras dos Personas de la Deidad. Y también la vida prometida era, en su naturaleza, para ser gozada por el Hijo y por el Espíritu, tanto como por el Padre.

Por lo tanto, cuando Juan oró pidiendo gracia y paz para las iglesias en Asia, dirigió su súplica no solo a Aquel “que era, el que es, y el que ha de venir” (Ap. 4:8), es decir, al Padre, sino también al Espíritu Santo, a quien apela por la diversidad y plenitud de sus dones, “los siete espíritus que están delante de su trono” y a “Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra”

(Ap. 1:4-5). Los tres compartían el mismo interés porque el pacto en su desarrollo práctico era vindicar lo correcto y manifestar la gloria de todos ellos. Por lo tanto, la redención fue el resultado de la sabiduría y gracia unida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

**De hecho, una de las partes del pacto fue *Dios el Padre*.** Todos reconocemos que el amantísimo Jehová podía haber dejado perecer a [esta] raza caída. Según su justo juicio, no tenía por qué intervenir por ellos. Como Soberano justo y recto Señor del universo, bien podía haber hecho valer su autoridad sobre la Ley cumpliendo la pena sobre el desobediente y dar así un ejemplo terrible de venganza a los habitantes inteligentes de las diversas provincias de su imperio. Su bondad no lo obligaba a rescatar a sus súbditos rebeldes del sufrimiento que ellos mismos se causaron porque él ya les había demostrado ampliamente su bondad al crearlos y dotarlos de atributos que todavía se exhibían en la felicidad difundida en todos los aspectos de la inocencia. La gloria de él no depende de la manifestación de ningún atributo en particular, sino de todos ellos en ocasiones debidas y en total armonía. Él es glorificado cuando concede bendiciones a los justos y no lo es menos cuando castiga al impío.

El evento demuestra que su gloria es mayor en la *salvación* de lo que hubiera sido en la *destrucción* del hombre. No obstante, hemos de considerar que su gloria no significa más que la manifestación de su carácter a sus criaturas, aunque sin necesidad de dicha manifestación, y como no hubiera contribuido en ningún grado a su [felicidad], fue totalmente voluntaria y bien hubiera podido negarla. Lo único necesario que puede ser admitido es que él, de hecho, se dio a conocer a sus criaturas y que el hacerlo, es congruente con la grandeza y excelencia de su carácter. De haber querido, no hubiera tenido que crear ningún ser para contemplar sus perfecciones. Cuando los creó y lo deshonraron, podía haberlos echado fuera de su presencia para siempre. Fue bajo estas circunstancias que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna” (Jn. 3:16). Por lo tanto, todo el plan fue por su propia gracia soberana sin la influencia de ningún mérito humano. Pero esta conclusión no es sólo por las evidencias que tenemos. Toda su soberanía, en la totalidad de esta transacción, es declarada expresamente en su Palabra: “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador,

para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tit. 3:5-7).

Otra de las partes del pacto de redención fue *Dios el Hijo*. Sus actos, en este sentido, no fueron menos soberanos que los del Padre. En todo sentido, tanto el Padre como el Hijo tuvieron la misma motivación. Sin embargo, fue prerrogativa exclusiva del Hijo asumir nuestra naturaleza, convirtiéndose de esta manera en nuestra Cabeza representativa, en un sentido similar como nos fue dada por “el primer Adán” para cumplir y satisfacer por nosotros todos los reclamos de la justicia divina. Habiendo asumido esta relación en el pacto, tomó nuestro lugar, fue nuestro sustituto. Por lo tanto, sus actos tuvieron valor legal para aquellos a quienes representaba y fueron considerados por el Dador de la ley como el rescate completo por los pecados de su pueblo. Teniendo en sí mismo el poder de redimirnos, con gusto cumplió esta gran obra. En cuanto a esto, él mismo dijo: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado” (Sal. 40:8).

Ciertamente nos es dado a conocer expresamente como “el segundo Adán”. “Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial” (1 Co. 15:45-49). Y es más: “Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo. Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación. Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia” (Ro. 5:15-17). No cabe la menor duda de que el carácter representativo de Adán y de Cristo es enunciado con claridad.

El resultado de sus roles era *diferente* —uno fue la causa de culpabilidad, depravación y muerte; el otro de justificación, santificación y vida—. Sus relaciones con nosotros son *similares*; la asociación central de Cristo es declarada patentemente como la de Adán. Si el primer hombre no hubiera sido nuestra cabeza central, no hubiéramos sufrido por su transgresión. Si el segundo Hombre, “el Señor... del cielo” (1 Co. 15:47)



no hubiera sido nuestra cabeza según el pacto, no nos habiéramos beneficiado por su obediencia. Siendo igual nuestras relaciones con ellos, Pablo dice: “Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Ro. 5:19). O sea que él se convirtió en nuestro Mediador por este pacto... “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo” (1 Ti. 2:5-6).

**La otra parte en el pacto de redención fue *Dios el Espíritu Santo*.** Compartiendo el amor y la gracia del Padre y del Hijo [y] actuando con la misma libertad, se comprometió a ser el agente eficaz por el cual el hombre puede ser regenerado, santificado y preparado para recibir y disfrutar las bendiciones de vida eterna y, por ende, cumplir el propósito para el cual fuimos redimidos. La obra del Espíritu en la salvación es indispensable, tan imperativa como la obra del Padre y la del Hijo: “El que no naciere de nuevo [*naciere del Espíritu*], no puede ver el reino de Dios” (Jn. 3:3).

Estas son las partes pactantes: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y tal es, en síntesis, la parte de cada uno comprometido para llevar a cabo la redención de los hombres...

Hemos visto pues, la existencia real del pacto de redención; el período anterior en el cual surgió; los propósitos que incluyó [y] las partes pactantes... Éste es el pacto presentado en el anuncio en el Edén, de un Libertador del pecado, bajo el poder y la pena que el hombre caído merecía por violar todas las estipulaciones del pacto de las obras. Bien podemos entonces unirnos de todo corazón con la exaltada acción de gracias del discípulo amado: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén” (Ap. 1:5-6).

Tomado de *The Cross and the Covenants* (La cruz y los pactos), Sprinkle Publications, [www.sprinklepublications.net](http://www.sprinklepublications.net).

---

**Robert Boyte Crawford Howell** (1801-1868): Pastor, misionero y editor bautista del sur estadounidense, nacido en el condado de Wayne, Carolina del Norte, EE.UU.



# EL MEDIADOR ESCOGIDO

Arthur W. Pink (1886-1952)

Los decretos de Dios, su propósito eterno, los consejos inescrutables de su voluntad, ciertamente, son muy profundos. No obstante, lo que sabemos es que, de principio a fin, tienen una *relación definitiva con Cristo* porque él es el Alfa y la Omega de todas las transacciones del pacto. Spurgeon lo expresó bellamente: “Busca la fuente celestial de la que fluyen hacia nosotros las corrientes divinas de la gracia y encontrarás que esa fuente es Jesucristo, el manantial del amor del pacto. Si tus ojos pudieran ver el rollo del pacto, si se te permitiera en un estado futuro, ver el plan de redención completo como fue trazado en las cámaras de la eternidad, verás la línea de sangre carmesí del sacrificio redentor que corre a lo largo del margen de cada página y verás, de principio a fin, que siempre apunta a un objetivo: La gloria del Hijo de Dios”<sup>1</sup>. Entonces, resulta extraño que, a pesar de que muchos comprenden que la elección es el fundamento de la salvación, pasan por alto la gloriosa *Cabeza de la salvación*, en quien los escogidos fueron elegidos y de quien reciben toda bendición.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor...” (Ef. 1:3-5). Dado que fuimos escogidos *en* Cristo, es evidente que fuimos escogidos *fuera de* nosotros, y como fuimos escogidos *en* Cristo deducimos, sin sombra de duda, que él fue escogido antes que nosotros. Esto se infiere claramente de los versículos recién citados donde el Padre es designado expresamente como el “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Según la analogía bíblica (es decir, cuando se dice de él que es “el Dios” de alguien) Dios fue “el Dios” de Cristo primero porque lo escogió para esa gracia y unión. Cristo, en condición de hombre, fue predestinado, tanto como lo fuimos nosotros, y es por eso que dice que Dios sería su *Dios* por predestinación y pura gracia. Segundo, [fue] porque el Padre hizo un pacto con él (Is. 42:6). Era llamado “el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob” por el pacto hecho con estos; de igual manera por el pacto hecho con Cristo, se convirtió en su “Dios”.

---

<sup>1</sup> Charles H. Spurgeon, Sermón N° 546: *Alfa y Omega*, 27 de diciembre de 1863, Tabernáculo Metropolitano, Newington.

Tercero, porque Dios es el autor de toda bendición de Cristo (Sal. 45:2, 7).

“Según nos escogió en él” significa, entonces, que cuando Cristo fue elegido, fue hecho Cabeza de los escogidos. “En el vientre de la elección él, la Cabeza, salió primero y luego nosotros, los miembros”<sup>2</sup>. Cristo debe tener la preeminencia<sup>3</sup> en todas las cosas (Col. 1:18) y, por lo tanto, es “el Primogénito” en la elección (Ro. 8:29). En el orden de la *naturaleza*, Cristo fue escogido primero, pero en el orden del *tiempo* nosotros fuimos escogidos con él. No fuimos escogidos aparte, sino *en Cristo*, lo cual denota tres cosas: Que fuimos escogidos en Cristo como miembros de su cuerpo. Segundo, fuimos escogidos en él como el modelo al cual conformarnos. Tercero, fuimos escogidos en él como propósito final, es decir, que su Iglesia sea su plenitud para la gloria de “Aquel que todo lo llena en todo” es decir, Cristo (Ef. 1:23).

“He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento” (Is. 42:1). Que este pasaje no se refiere a ningún otro más que el Señor Jesucristo, es indudable porque el Espíritu lo cita en Mateo 12:15-21. ¡Aquí pues, está el grandioso plan original de la elección: El texto habla, en primer y más elevado lugar, de la elección y se aplica al Señor Jesús! Fue la voluntad de los Tres Eternos escoger y predestinar a la Segunda Persona a tomar la forma de hombre y existir como tal, de modo que el Dios-hombre, “el primogénito de toda creación” (Col. 1:15), fue el objeto de los decretos divinos y del amor de los Tres en una sola esencia, inmediato y principal. Y así como el Padre tiene vida en sí mismo, le concedió al Hijo —considerado Dios-hombre— que también tuviera vida en sí mismo (Jn. 5:26) para ser una fuente de vida, de gracia y gloria para su Esposa amada, quien recibió su vida y bienestar por la gracia y el amor eterno de Jehová.

Cuando Dios determinó crear, entre toda la miríada de seres, tanto angelicales como humanos, apartó, de entre todos, a Cristo Jesús hombre y lo designó para que lograra la unión con la Segunda Persona de la santísima Trinidad y para ese fin fue santificado y programado. Este acto original y excelso de elección fue de pura soberanía y maravillosa gracia. Las huestes celestiales fueron ignoradas y la decisión recayó sobre la simiente de la mujer. Entre las simientes innumerables creadas en Adán, la línea de Abraham fue seleccionada, luego de Isaac y luego de Jacob. De las doce tribus que surgirían de Jacob, la de Judá fue esco-

---

<sup>2</sup> Thomas Goodwin, “Sermón V” en *The Works of Thomas Goodwin* (Las obras de Thomas Goodwin), Tomo 1, p. 74.

<sup>3</sup> **Preeminencia** – Primer lugar; el rango más alto.

gida, Dios no eligió a un ángel a la excelsa unión con su Hijo, sino “a un escogido de mi pueblo” (Sal. 89:19). ¡Qué dirán los que tanto detestan la verdad de que los herederos del cielo son escogidos, cuando se enteren que Jesucristo mismo es objeto de elección eterna!

En ninguna parte brilla la soberanía de Dios con más claridad que en sus actos de elección y rechazo que tuvieron lugar en la eternidad pasada, y que nada en la criatura en sí fue la causa. El acto de Dios de escoger a su pueblo en Cristo, sucedió antes de la fundación del mundo, sin consideración de la caída, ni fue por previsión ni con base en obras, sino totalmente *por gracia*, y todo para su propia alabanza y gloria. No hay ninguna otra cosa en que la soberanía de Jehová sea tan manifiesta: Ciertamente, el ejemplo más elevado de ésta, fue predestinar a la Segunda Persona de la Trinidad a ser el Dios-hombre. También las palabras del Apóstol, refiriéndose a Cristo, confirman claramente que esto fue por *decreto* de Dios: “ya [fue] destinado desde antes de la fundación del mundo” (1 P. 1:20) y que sería puesto “en Sion [como] la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa” (1 P. 2:6). Este maravilloso origen de la elección, tan olvidado hoy, es de una importancia tan trascendental que reflexionaremos en ello un poco más para destacar algunas de las razones por las cuales le plació predestinar al hombre Cristo Jesús a unirse de manera tan personal con el Dios Hijo.

Cristo fue predestinado con fines más elevados que salvar a su pueblo de los efectos de su caída en Adán. En primer lugar, fue escogido para que Dios mismo se deleitara en él, mucho más que en todas las demás criaturas y sobrepasándolas infinitamente... En segundo lugar, Cristo fue escogido por Dios para poder contemplar en una criatura la imagen y todas las perfecciones de sí mismo, por lo tanto, sus excelencias son vistas en Cristo como no lo son en ningún otro: “siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” (He. 1:3), refiriéndose a la persona de Cristo como Dios-hombre. En tercer lugar, en la unión de Cristo Jesús hombre con el Hijo eterno de Dios, toda la plenitud de la Deidad moraría personalmente en él, siendo la “imagen del Dios invisible” (Col. 1:15, 19).

Por lo tanto, Cristo Jesús hombre, fue escogido para la unión y comunión más elevada con Dios mismo. En él, el amor y la gracia de Jehová resplandecen con su máxima gloria... descendiendo ahora a un plano más bajo, el hombre Cristo Jesús fue elegido también para ser Cabeza de una simiente escogida, que fue seleccionada por él... bendecida en él con toda bendición espiritual.

Si Dios va a amar, tiene que contar con un objeto para su amor y el objeto tiene que tener una existencia ante él sobre la cual dispensar su amor porque no puede amar a una entidad que no existe. Por ello, tiene que ser que el Dios-hombre y los escogidos en él existían en la mente divina como objetos del amor eterno, aun antes del comienzo del tiempo. En Cristo, la Iglesia fue escogida desde la eternidad: Él la Cabeza, ella su cuerpo; él como el Esposo, ella su desposada: Él escogido y asignado a ella. Fueron escogidos juntos, aunque Cristo primero en el orden de los decretos divinos. Entonces, porque Cristo y la Iglesia habían existido en la voluntad, los pensamientos y el propósito del Padre desde el principio, podía amarlos y regocijarse en ellos. Como declara el Dios-hombre: “Tú me enviaste, y... los has amado a ellos como también a mí me has amado... porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Jn. 17:23-24)...

“Cristo fue primero escogido como Cabeza y Mediador, y como la piedra angular para sostener todo el edificio porque el acto de la elección del Padre en Cristo presupone que fue escogido para su obra intercesora y para ser la cabeza de la parte escogida del mundo. Después de esta elección de Cristo, otros fueron predestinados a conformarse a esta imagen suya: ‘Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos’ (Ro. 8:29), es decir, a Cristo como Mediador y adoptando la naturaleza humana; no como Cristo considerado sólo como Dios porque no dice en ninguna parte que Cristo, como Dios, fuera el primogénito entre muchos hermanos. Siendo esta concordancia especialmente diseñada para la elección, Cristo fue, en la intención del Padre, el primer ejemplar y una copia de él. Un extremo del compás de la gracia estaba en Cristo como el centro, mientras el otro recorría la circunferencia, señalando a uno aquí y otro allá, para trazar una línea, por así decir, entre todos esos puntos y Cristo. El Padre entonces, siendo la causa principal de la elección de cualquiera entre la masa de la humanidad, fue la causa principal de la elección de Cristo para llevarlos a la felicidad para la que fueron escogidos. Es probable que Dios, al fundar un reino eterno, consultara acerca de los miembros antes de consultar acerca de la cabeza. Cristo fue inscripto al principio del libro de elección y después de él, sus miembros. Es por eso que es llamado, ‘el libro del Cordero’”<sup>4</sup>...

---

<sup>4</sup> Stephen Charnock, “A Discourse of God’s Being the Author of Reconciliation” (Una disertación acerca de Dios como autor de la reconciliación) en *The Complete Works of Stephen Charnock* (Las obras completas de Stephen Charnock), Tomo 3, p. 358.

Hay cierto tipo de personas que —menospreciando toda doctrina y, particularmente, la doctrina de la soberanía absoluta de Dios— a menudo, nos exhortan a “predicar a Cristo”, pero he observado desde hace tiempo que *esas personas* nunca predicán a Cristo en su carácter oficial más elevado, la Cabeza del pacto del pueblo de Dios, que nunca dicen de él ni una palabra que dijo Dios de él: “Mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento” (Is. 42:1). Predicar a Cristo es una tarea mucho más amplia de lo que muchos suponen, ni nadie tampoco puede hacerlo con inteligencia hasta que comience desde el principio y muestre que el hombre Cristo Jesús fue predestinado eternamente a una unión con la Segunda Persona de la Deidad. “He exaltado a un escogido de mi pueblo” (Sal. 89:19). Esa exaltación comenzó con la elevación de la humanidad de Cristo a una unión personal con el Verbo eterno; ¡un honor único!

Las propias palabras “escogidos en Cristo” implican necesariamente que él fue escogido primero, como el terreno en que estamos colocados. Cuando Dios escogió a Cristo, no lo hizo como a una persona sola ni una particular, sino como persona pública, como Cabeza de su cuerpo, siendo nosotros escogidos en él como miembros de su cuerpo. De esta manera, por cuanto se nos dio una subsistencia representativa delante de Dios, Dios pudo hacer un pacto con Cristo en representación nuestra...

Entonces, ocúpense los que anhelan predicar a Cristo, de hacerlo dándole la *preeminencia* en *todas* las cosas ¡sin exceptuar la elección! Aprendan a dar a Jesús de Nazaret toda la honra, la que el Padre mismo le ha dado. Es un honor superlativo que Cristo sea el canal por el cual fluye toda la gracia y la gloria que tenemos o hemos de tener, según fue establecido desde el principio. Como claramente enseña Romanos 8:29, fue en relación con la *elección* que Dios nombró a su propio Hijo amado a ser “el primogénito entre muchos hermanos”. Cristo fue designado obra maestra de la sabiduría divina, el gran prototipo, y nosotros a ser muchas copias y modelos pequeños de él. Cristo es el primero y el último de todos los pensamientos, consejos y caminos de Dios.

Tomado de *Studies in Scriptures* (Estudios en las Escrituras),  
disponible en CHAPEL LIBRARY.

---

**A.W. Pink** (1886-1952): Pastor, maestro itinerante de la Biblia, autor; nacido en Nottingham, Inglaterra, Reino Unido.



# GRAN ESPERANZA EN EL PROPÓSITO DE DIOS

Thomas Brooks (1608-1680)

**A**madados en nuestro Señor, en la primera parte de mi libro *The Golden Key*” (La llave de oro )<sup>1</sup>, les he mostrado a ustedes siete argumentos<sup>2</sup> que cada cristiano sincero puede presentar, basados en varios pasajes en el Antiguo y Nuevo Testamento que se refieren, ya sea al gran día de rendir cuentas o a días particulares de hacerlo. En esta segunda parte<sup>3</sup>, empezaré donde quedé y les mostraré otros argumentos especiales que todo creyente puede invocar en este caso...

El décimo argumento que puede invocar el creyente es con base en los diez pasajes [en la nota de pie de página]<sup>4</sup> que se refieren al gran día de rendir cuentas o a días particulares de hacerlo. Todos pueden presentar su defensa por ese contrato, pacto y acuerdo que fue hecho solemnemente entre Dios y Cristo, [concerniente] a todo el tema de la salvación y redención del hombre.

Podemos presentarlo de esta forma para nuestra comprensión: Dios el Padre le dice a Cristo el Mediador: “Considero a Adán y su posteridad como una simiente degenerada, ‘generación de víboras’, apóstatas y rebeldes, merecedores de todos los juicios temporales, espirituales y eternos. No obstante, no concibo en mi corazón condenar a todos: ‘Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión. No ejecutaré el ardor de mi ira... porque Dios soy, y no hombre’ (Os. 11:8-9). Por lo tanto, he determinado mostrar misericordia por millones de ellos, salvarlos de la ira que vendrá y llevarlos a la gloria (Ap. 7:9-10). Pero tengo que hacerlo resolviendo una dificultad en cuanto a mi ley, justicia y honor: Se resolverá si tú tomas su lugar y te haces maldición

---

<sup>1</sup> Thomas Brooks, “The Golden Key to Open Hidden Treasures” (La llave de oro que abre tesoros escondidos) en *The Complete Works of Thomas Brooks* (Las obras completas de Thomas Brooks) Tomo 5, pp. 1-261.

<sup>2</sup> Brooks explica en *The Golden Key* que presenta “once apelaciones serias y singulares que todo cristiano sincero puede elevar con seguridad [y con buena razón] con base en aquellos diez pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento que hablan de juicio general y de ese juicio particular que, ciertamente, todos tienen que enfrentar inmediatamente después de su muerte” o sea que todo creyente verdadero puede apelar a las verdades bíblicas que presenta cuando comparece ante Dios.

<sup>3</sup> Brooks, “Paradise Opened” (“Paraíso abierto”) en *Complete Works*, Tomo 5, pp. 263-414.

<sup>4</sup> Eclesiastés 11:9, 12:14; Mateo 12:14, 18:23; Lucas 16:2; Romanos 14:10; 2 Corintios 5:10; Hebreos 9:27, 13:17; 1 Pedro 4:5.

por ellos (Gá. 3:10, 13) y, de esta forma, satisfacerás mi justicia por sus pecados. Te los daré a ti (Jn. 17:2, 6, 11) a fin de que los cuides y los llesves a mi reino para la manifestación de la gloria de mi gracia”. “Bien”, responde Cristo. “Me parece bien: Cumpliré todos tus requisitos de todo corazón; quede, pues, hecho el acuerdo entre tú y yo”<sup>5</sup>.

Podemos estar seguros de esto con base en los siguientes dos pasajes del libro de Salmos: Salmo 2:7-9 y 40:6-8. Cristo, el Hijo, habla en ambos pasajes. En el primero, publica el decreto u ordenanza del cielo [concerniente] a él mismo y lo trae al Padre, [quien lo instala] en el sacerdocio u oficio de Mediador porque así aplica el Apóstol dicho texto: “Tú eres mi hijo” (He. 5:5) y también avala este pacto y acuerdo en las dos partes que incluye... Pero teniendo en cuenta que el pacto de redención o contrato sagrado entre Dios el Padre y Jesucristo es un punto que todavía no he tratado desde el púlpito o en la prensa, lo haré ahora de la manera más clara, precisa y completa que me sea posible por ser una cuestión de suma importancia para el alma de todos nosotros. Y, por lo tanto,...

Isaías 53, entre muchos otros pasajes, nos ofrece señales muy claras de una transacción central<sup>6</sup> entre Dios el Padre y Jesucristo, a fin de [lograr] la recuperación y felicidad eterna del pobre pecador. El evangelio glorioso parece [resumirse] en este capítulo. Su tema son los

---

<sup>5</sup> ¡Cuán profundamente agradecidos debemos estar por el glorioso evangelio de la gracia de Dios! Existe un remedio revelado para la necesidad del hombre, un remedio tan ancho, amplio y profundo como la enfermedad que padece. No hemos de temer mirar al pecado y estudiar su naturaleza, origen, poder, extensión y vileza, si miramos, al mismo tiempo, el remedio todopoderoso que nos ha sido provisto en la salvación que hay en Jesucristo. Aunque ha abundado el pecado, la gracia ha abundado mucho más. Sí, en el pacto eterno de redención y en el Mediador de ese pacto, Jesucristo el justo, y perfecto Hombre en una sola Persona; en la obra que hizo al morir por nuestros pecados y resucitar para nuestra justificación, y en los oficios que cumple como nuestro Sacerdote, Sustituto, Médico, Pastor y Abogado; en la sangre preciosa que derramó, la cual puede limpiar de todo pecado en la justicia eterna que trajo; en la intercesión perpetua que hace por nosotros como nuestro Representante a la diestra de Dios; en su poder de salvar para siempre al peor de los pecadores, su disposición de recibir y perdonar a los más viles, su prontitud por cargar a los más débiles; en la gracia del Espíritu Santo que planta en los corazones de su pueblo, renovando, santificando y haciendo que las cosas viejas pasen y todas sean hechas nuevas; en todo esto y, ¡oh que bosquejo tan breve es!, en todo esto, digo, hay un remedio, pleno, perfecto y completo para la enfermedad aborrecible del pecado. Terrible como es indudablemente el concepto correcto del pecado, nadie debe desmayar ni desesperarse, siempre y cuando tenga, al mismo tiempo, un concepto correcto de Jesucristo. Con razón, ese anciano Flavel finaliza muchos de los capítulos de su admirable libro “Fountain of Life” (Fuente de vida), con las emocionantes palabras: “Bendito Dios por Jesucristo” (J. C. Ryle, *Santidad*, pp. 28-29. Disponible en CHAPEL LIBRARY).

<sup>6</sup> **Transacción central** – Se refiere a la condición de un pacto hecho por alguien, en este caso el Hijo eterno, con Dios.



terribles sufrimientos y dolorosa muerte de Cristo y su [resultado]. De todos los profetas, Isaías fue el más evangélico, y de todas sus profecías, la que tenemos en este capítulo es la más evangélica. Tenemos en este capítulo, una descripción y representación sumamente clara, dinámica y completa de la humillación, muerte y pasión de Jesucristo, y ciertamente, tan exacta y en consonancia con lo que ha sucedido desde entonces, que Isaías parece escribir aquí un suceso histórico en lugar de una profecía... De este capítulo, que vale más que todo el oro de Ofir y más que diez mil mundos, observemos ocho cosas:

**Primero, observemos que Dios y Cristo coinciden satisfactoriamente y están infinitamente complacidos con la conversión de los escogidos (53:10).** “Verá linaje”, es decir, los verá llamados, convertidos, cambiados y santificados. “Verá linaje”, es decir, una hueste innumerable se convertirá a él por medio de su Palabra y Espíritu en todos los pueblos y naciones, a través de la obra poderosa del Espíritu y la simiente incorruptible de la Palabra (Sal. 110:3; 1 P. 1:23). Un número infinito de pobres almas vendrían a Jesucristo, que él vería para su contentamiento total y satisfacción infinita. (Ap. 7:9; He. 2:10, 13). “Verá linaje”, es decir, lo verá crecer y multiplicarse, verá acudir a él a creyentes de todos los rincones y lugares, y los verá aumentar grandemente y crecer por la predicación del evangelio sempiterno, especialmente, después de su ascensión al cielo. También habrá un derramamiento glorioso del Espíritu Santo sobre sus apóstoles y otros (Hch. 2:37, 41; 4:1-4, 8). No hay matemático sobre la tierra que pueda contar o sumar la simiente y el linaje de Cristo.

**Segundo, observemos que las personas redimidas por Jesucristo, no tienen nada de peso ni valor, ni porción ni proporción, ni excelencias o belleza interiores ni exteriores por las cuales el castigo merecido fuera transferido a nuestro Jesús amado (53:4).** Si nos fijamos en sus pecados y en su culpabilidad, llegamos a la conclusión de que menosprecian y rechazan a Cristo: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado”. Cristo, no sólo tomó nuestra naturaleza, sino también nuestras debilidades y se hizo responsable de los sufrimientos, aflicciones, heridas y angustias a los que está expuesta y sujeta la naturaleza pecadora del hombre. La Palabra los llama *nuestros* porque a él le fueron cargados nuestros pecados; se apropió de ellos y de nuestra culpabilidad, y lo hizo por puro amor (Ro. 8:3; He. 4:15). Cristo, por nuestro bien, ha tomado sobre sí todos nuestros males espirituales o sea, todos nuestros pecados, para ofrecer satisfacción por ellos y, de esta manera, se hizo nuestro Garante para pagar la deuda que contrajimos. Cristo, en cali-

dad de su promesa a favor de sus escogidos, con tormentos y sufrimientos extremos, tanto del cuerpo como del alma, cargó con todos nuestros castigos pendientes. La razón por la que los judíos desestimaron tanto a Cristo fue porque creían que todas las aflicciones que sufrió fueron infligidas por Dios por la única razón de que él mismo las merecía por su impiedad. Fue considerado alguien que había perdido la gracia y el favor de Dios, sí, como alguien castigado por [Dios] por todos sus pecados. Cuando los judíos vieron las cosas terribles que sufrió Cristo, con maldad e impiedad, juzgaron que había sido tratado así por Dios como venganza por sus pecados. De hecho, por todo lo antedicho, podemos ver que en los redimidos por Cristo no hay nada de valor ni honra que ameritara que el castigo que merecían fuera transferido a nuestro Señor Jesucristo.

**Tercero, notemos que en Jesucristo, nuestro amado Redentor, no había absolutamente ningún pecado ni causa que mereciera castigo alguno por el cual fuera golpeado, herido de Dios y abatido (53:5, 9).** “Más él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados... nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca”. El pecado había puesto una distancia infinita entre Dios y nosotros. Ahora, Cristo es castigado para que nuestros pecados pudieran ser perdonados; es castigado para que Dios y nosotros pudiéramos reconciliarnos. Toda la culpabilidad es nuestra, pero Cristo, pagando el precio con su sangre, ha quitado la culpa, aplacado la ira divina, haciendo que Dios y nosotros nos amistáramos. Dios el Padre le dio a nuestro Jesús amado todos los castigos que nos correspondían a los escogidos, por quienes fue garantía. Y por este medio, somos absueltos y obtenemos la paz con Dios. Cristo fue “santo, inocente, sin mancha” (He. 7:26). Ningún ser humano podía [declararlo culpable] de pecado; efectivamente, ni el diablo mismo podía encontrar falla alguna en él, ni de palabra ni de hecho. Cristo era sin defecto original y sin mancha alguna. Todas las palabras y las obras de Dios eran rectas, justas y sinceras. La inocencia de Cristo fue suficientemente vindicada. De hecho, los sufrimientos de Cristo fueron grandes y graves, pero no por sus propios pecados —“nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca” (53:9)—, sino por los nuestros. Cristo ahora, había tomado el lugar del pecador y se había convertido en su garantía. Por lo tanto, estaba sujeto a lo que fuera que el pecador merecía en su propia persona y, por esta razón y ninguna otra, fue herido, molido y castigado. El Señor

Jesús no tenía pecado en él por *inhesión*<sup>7</sup>, pero tenía en él mucho por *imputación*<sup>8</sup>. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21). Le agradó a nuestro Señor Jesucristo asumir nuestra culpabilidad y, por lo tanto, agradó al Padre herirlo, lastimarlo y castigarlo.

**Cuarto, observemos que esa paz y reconciliación con Dios, la sanidad de todos nuestros males pecaminosos y la cancelación de nuestra deuda, que merecía como castigo la ira venidera, son favores comprados por la sangre de Cristo en la cruz del Calvario (53:5). “Más él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él”. Cristo fue castigado para obtener nuestra paz, librándonos de nuestros pecados que causaron la ruptura de nuestra relación con Dios. La culpa [de nuestros pecados] fue pagada con el precio de su sangre y fuimos reconciliados con Dios con el mismo precio. Cristo fue castigado para que por él obtuviéramos perfecta paz con Dios, quien estaba enemistado con nosotros a causa de nuestros pecados. Por los sufrimientos de Cristo somos liberados, tanto del pecado como del castigo. Ahora bien, porque algunos tergiversan este versículo para justificar aquella doctrina corrupta de redención universal, permítanme argumentar lo siguiente. El castigo por el pecado cargado a la persona de Jesucristo procuró la paz para aquellos por quienes fue castigado (Is. 57:21; Ef. 1:14)...**

**Quinto, notemos que Jesucristo soportó sin reservas, los grandes y graves sufrimientos que le fueron impuestos; lo hizo por su propia voluntad con humildad, paciencia y en consonancia con el pacto acordado entre el Padre y él mismo (53:7). “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca”... Es decir, la pena requerida por la justicia de Dios por nuestros pecados le fue infligida a él, y él la soportó en nuestro lugar. El profeta no habla de una misma persona o personas, pecando, sufriendo o soportando penas por sus propias faltas, sino como alguien sufriendo de manera vicaria, es decir, por los pecados de otros y soportando graves penas por faltas cometidas por terceros. Las palabras correctamente leídas y comprendidas confirman fehacientemente la doctrina de que el sufrimiento de Cristo para pagar nuestros pecados satisfizo la demanda de justicia por parte de Dios. La pena que merecíamos le fue adjudicada a él en razón del rigor de la justicia, convirtiéndose él en nuestro pa-**

---

<sup>7</sup> **Inhesión** – Que existe con una característica básica y esencial.

<sup>8</sup> **Imputación** – Cargando a la cuenta de uno.

trocinador o garantía por haberla cumplido en nuestro lugar. Cristo, por nosotros, se comprometió con Dios su Padre como garantía del pago de nuestras deudas. Le fueron cobradas a él y las pagó todas; es decir, no sólo se hizo cargo de ellas, sino que también nos libró de ellas. En nuestro idioma, la frase “responder por algo” es pagar por algo y esto es muy cierto en cuanto a nuestro amado Señor Jesús porque él respondió por nuestra deuda causando que fuera cancelada para que nunca más pudiera presentarse contra nosotros en este mundo ni tampoco en el venidero (Jn. 19:30; Ro. 4:25; Col. 2:14)...

**Sexto, notemos que la razón original de este acuerdo o pacto entre el Padre y su Hijo, en virtud de que Dios el Padre demanda un precio y Jesucristo lo paga de acuerdo con las demandas de Dios, es exclusivamente, por el favor y la pura gracia de Dios (53:10).** “Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento”. Dios el Padre considera a Jesucristo como defensor de nuestra persona y causa, considera a nuestros pecados cargados sobre él y por ellos haber sido castigado. El pecado no podía ser abolido, la ira de Dios no podía ser aplacada, la terrible maldición no podía ser quitada más que por la muerte de Cristo. Por lo tanto, Dios el Padre quiso quebrantarlo y sujetarlo a padecimiento, de acuerdo con el pacto entre él y su Hijo. Tenemos que reconocer que Dios no incitó ni instigó a los judíos impíos a cometer esas vilezas y crueldades contra Cristo. No obstante, es muy evidente por [Hch. 2:23 y 4:28] que Dios había predeterminado sus sufrimientos para la salvación de la humanidad y fue por eso que quiso quebrantar y sujetar a padecimiento a su Hijo. La satisfacción singular de Dios el Padre en la obra de nuestra redención es una demostración maravillosa de su amor y afecto por nosotros.

**Séptimo, notemos que el acuerdo entre el Padre y el Hijo fue que nuestros pecados serían imputados al [Hijo] y su justificación atribuida a nosotros, y que todos los redimidos creerían en él y, de esta manera, serían justificados (53:11).** “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades”. Algunos lo dicen así: “Verá el fruto de la aflicción de su alma y estará satisfecho”, es decir, Jesucristo, luego de haber cumplido su obra, recibirá y disfrutará el efecto y resultado de las grandes aflicciones soportadas y todas las angustias sufridas. Un resultado final sería que le darían contentamiento y satisfacción. Cuando Cristo haya completado la obra de redención, verá una recompensa por todos sus sufrimientos y sentirá una complacencia singular en la obra de nuestra redención y descansará con los frutos de sus propias obras. Dios el Padre asegura a Jesucristo que su

sufrimiento no es en vano, sino que vivirá para ver con gran gozo los numerosos frutos de almas fieles engendradas para Dios. Sabemos que cuando las mujeres están sufriendo dolores de parto, una vez que dan a luz y ven el fruto de su vientre se sienten tan aliviadas, complacidas, contentas y satisfechas que olvidan sus dolores y sufrimientos “por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo” (Jn. 16:21). Dios el Padre determina que Jesucristo tenga una simiente tan santa, un linaje tan bendecido como el fruto y efecto principal de su pasión que lo alegraría y complacería de modo que quedaría satisfecho. Por cierto que no puede haber gozo y satisfacción [mayor] para Cristo que ver almas pecadoras reconciliadas, justificadas y salvadas por su sufrimiento y misión cumplida. Esa satisfacción es como la de un pastor fiel cuando ve almas ganadas para Cristo y edificadas en él (1 Ts.2:19-20; Gá. 4:19)...

**Octavo, notemos que el Padre y el Hijo acuerdan que las personas por quienes Jesucristo daría su vida, también lo tendrían como intercesor para que pudieran contar con todos los favores y bendiciones que para ellas habría adquirido con su sangre preciosa (53:12). “Habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores”, diciendo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34). Por estos mismos transgresores por los que sufrió, intercede, y su intercesión continúa hasta hoy y continuará hasta el fin del mundo (He. 7:25).**

Tomado de “Paradise Opened” (Paraíso abierto) en *The Complete Works of Thomas Brooks* (Las obras completas de Thomas Brooks), Tomo 5, de dominio público.

---

**Thomas Brooks** (1608-1680): Predicador no conformista y defensor de la forma de gobierno congregacional, sepultado en Bunhill Fields, Londres, Inglaterra, Reino Unido.



No corresponde opinar que todo esto es pura especulación intelectual ni que, habiéndolo aprendido totalmente, se lo puede dejar a un lado, porque es el fundamento de todo seguro consuelo, gozo, santo asombro y magnificencia de Dios. —*Wilhelmus à Brakel*

# DESIGNIOS DE DIOS EN LA MUERTE DE JESÚS

A. A. Hodge (1823-1886)

**C**risto murió en cumplimiento de los términos de un Pacto de Redención eterno acordado entre el Padre y el Hijo. Las condiciones asumidas por Cristo fueron que él, al vivir y morir, por su obra y sufrimiento, cumpliría todas las obligaciones legales de su pueblo. Las condiciones prometidas por el Padre fueron: “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Is. 53:11).

**Resulta claro que tal pacto se estableció en la eternidad.** (1) Dios siempre actúa con un plan y, por lo tanto, tuvo que haber un consenso y un designio común entre las distintas personas de la Deidad en la distribución de las funciones en el plan de redención. (2) Las Escrituras presentan explícitamente todos los elementos de un pacto efectivo en relación con esto, conviniendo en cuáles serían las promesas y condiciones de ambas partes: “Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos...” (Is. 42:6-7). “Hice pacto con mi escogido; juré a David mi siervo, diciendo: Para siempre confirmaré tu descendencia, y edificaré tu trono por todas las generaciones” (Sal. 89:3-4). “Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos. Por tanto, yo le daré parte con los grandes” (Is. 53:10-12). (3) Cristo, mientras cumple su obra sobre la tierra hace constantes referencias a una comisión recibida anteriormente del Padre, cuya voluntad había venido a cumplir. “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Jn. 6:38). “Este mandamiento recibí de mi Padre” (Jn. 10:18). “Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí” (Lc. 22:29). (4) Cristo reclama su recompensa que había sido una condición de cumplir esa gran comisión. “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese. He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste... Yo ruego por ellos; no ruego

por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son” (Jn. 17:4-6,9). (5) Cristo se refiere constantemente, a los que creen en él como almas que su Padre le dio. Su Padre se los había dado: “Pongo mi vida por las ovejas” (Jn. 10:15). Las ovejas le fueron dadas por el Padre. Las conoce. Escuchan su voz. *Ellas* nunca morirán. La razón por la que los réprobos<sup>1</sup> no creen es porque *no* son de su rebaño (Jn. 10:26). No ora por el mundo: Ora sólo por los que del mundo, el Padre le dio. Si murió en cumplimiento de un compromiso mutuo entre él y el Padre, si verá el fruto de su aflicción y si serán salvos todos los que el Padre le dio en aquel pacto, entonces, de hecho, los que no son salvos, no lo son porque no es por ellos que murió.

**Las Escrituras abundan en afirmaciones de que el motivo que impulsó al Padre a dar a su Hijo, y al Hijo morir no fue, meramente, una *filantropía general*, sino el amor más excelso, más singular y personal.** El verdadero propósito de la muerte de Cristo no puede tener una expresión más exacta y completa que la que registra el capítulo 17 de Juan sobre cómo volcó su alma al Padre, la terrible noche anterior a su sacrificio. Si hubo alguna vez cuando más pensó en el verdadero propósito de su muerte, tiene que haber sido en ese momento. Si alguna vez sintió con más fuerza los motivos que llevaron a su muerte, tiene que haber sido en ese momento. Acerca del mundo, dice que *no ora por él*. Todas las riquezas inescrutables de su amor se derraman exclusivamente sobre aquellos que de este mundo Dios le dio. “Y por ellos”, dice, “me santifico a mí mismo” —o sea, me consagro a este terrible servicio— “para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos” (Jn. 17:13). “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Jn. 15:13). “Más Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8). “A fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios” (Ef. 3:17-19). “En esto hemos conocido el amor... En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1 Jn. 3:16; 4:9). Este amor de Cristo por su Iglesia tiene como su tipo, el amor personal y exclusivo del esposo por su esposa (Ef. 5:25-27).

---

<sup>1</sup> **Réprobos** – No creyentes dejados en sus pecados y abandonados por Dios para ser juzgados.

Es inconcebible que el amor más excelso y singular que motivó a Dios a dar a su Hijo unigénito y bien amado para que sufriera una muerte dolorosa y vergonzosa, pudiera haber tenido como su objetivo, los millones de los que retuvo el evangelio, tanto antes como después de Cristo, o aquellos a quienes les da el llamado *exterior* de la Palabra, pero se niega a darle el llamado *interior* de su Espíritu. ¿Puede tal amor, como expresa la muerte de Cristo que emana y se derrama del corazón del Dios omnipotente, dejar de asegurar la cierta bendición de aquellos que el Padre puso en sus manos? “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Ro. 8:32). De hecho, es una calumnia injuriosa decir que los efectos de este amor pueden ser medidos en que Dios proveyera una salvación a todos los hombres para serles contada bajo condiciones conocidas y previstas que serían imposibles de aplicar a la mayoría. Y es abusar de las Escrituras, decir que los electos y los réprobos, los designados para honra y los designados para deshonra (Ro. 9:21), que “los que desde antes habían sido destinados para esta condenación” (Jud. 1:4) y “los que estaban ordenados para vida eterna” (Hch. 13:48), los que Dios “endureció” y aquellos de los cuales “tiene misericordia” (Ro. 9:18), el “mundo” y los “elegidos” del mundo (Jn. 15:19) son, indiscriminadamente, objeto de este amor maravilloso que mueve el cielo y que redime el alma.

Las Escrituras abundan en representaciones de que el designio definitivo de la muerte de Cristo es salvar a *muchos*, la redención de sus *ovejas*, su *Iglesia*, su *pueblo*, sus *hijos*, los *electos*. “Llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21). “Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas... pongo mi vida por las ovejas” (Jn. 10:11, 15). “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla... a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Ef. 5:25-27). Dice la Palabra que Cristo murió “para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn. 11:51-52). “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?... ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (Ro. 8:32-35).



De hecho, se podrían mencionar muchas razones plausibles que explicarían por qué al hablar sobre una expiación personal y definitiva, en algunas ocasiones, es necesario usar términos generales para ilustrar el hecho de que la redención es apta para todos, suficiente para todos, [predicada] a todos; que los electos son escogidos de toda familia, tribu y nación debajo del cielo (Ap. 5:9), en cada generación sucesiva, y que, finalmente, toda la tierra será redimida de la maldición y que el evangelio triunfará entre todas las naciones y que los santos heredarán el mundo regenerado! Pero afirmamos que, contrariamente a la hipótesis de una expiación general e indefinida, no hay excusa plausible para usar el lenguaje definitivo antes citado. Si Cristo ama tanto a todo el mundo como para morir por él, ¿por qué decir que el motivo de su muerte fue para que sus *ovejas* fueran salvas?

**La obra de Cristo como Sumo Sacerdote es una obra cumplida en todas sus partes con un designio y con un efecto sobre las mismas personas.** La obra del sumo sacerdote... incluía *sacrificio*, *oblación*<sup>2</sup> e *intercesión*<sup>3</sup>. También, ya les presenté pruebas de (a) que la obra del sacerdote en la antigüedad era asegurar la remisión<sup>4</sup> verdadera y segura de los pecados de todos por los que actuaba y que se refería, definitivamente, a todas las personas que representaba y a nadie más; (b) que el sacerdote en la antigüedad ofrecía intercesión, precisamente, por las mismas personas —por todas ellas y por nadie más— por quienes previamente había hecho expiación<sup>5</sup> ... Servirá a nuestro propósito, notar lo siguiente.

(1) Las Escrituras declaran que el antiguo sacerdote era en todo sentido un tipo de Cristo. Nuestro Señor, habiendo hecho expiación en el lugar santo, traspasó el velo para hacer intercesión: “No por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención... Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros... viviendo siempre para interceder por ellos” (He. 9:12, 24; 7:25).

(2) Pero Cristo intercedió sólo por sus *ovejas*. Esto es seguro (a) porque siempre es eficaz. Intercede como “sacerdote a su lado” (Zac. 6:13). Dice de su Padre: “Siempre me oyes” (Jn. 11:42). Su forma de

<sup>2</sup> **Oblación** – Cualquier cosa ofrecida como sacrificio en la adoración.

<sup>3</sup> **Intercesión** – Rogar en nombre de otro.

<sup>4</sup> **Remisión** – Perdón.

<sup>5</sup> **Expiación** – La expiación se aplica a la *culpa* del pecado. Expiarlo es quitarlo o cubrir la culpa del pecado.

intercesión es: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo” (Jn. 17:24), (b) Declara expresamente el hecho de que intercede sólo por los electos: “No ruego por el mundo, sino por los que me diste” (Jn. 17:9). “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos” (Jn. 17:20). “También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor” (Jn. 10:16).

(3) Pero si Cristo intercede sólo por los electos, por supuesto sólo por ellos puede haber muerto. Como comprobamos antes, el antiguo sacerdote hacía intercesión por todos los que había hecho expiación. La obra del sacerdote era uno por designio y efecto en todas sus partes. Es simplemente absurdo suponer que el sacerdote actuara como mediador de una persona cuando ofrecía la oblación y para otra cuando hacía la intercesión. La siguiente es la posición de Pablo con respecto a este tema: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios?... ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?” (Ro. 8:33-35). Aquí resulta claro que el argumento establece la seguridad de los *electos*. La base sobre la cual descansa esa seguridad es que Cristo murió por ellos y por ellos intercede. Resulta claro que el morir y el interceder tienen el mismo objeto personal.

(4) Esta interpretación es avalada por la propia *naturaleza* de esta intercesión perpetua que Cristo ofrece en nombre de sus electos. Para nosotros ahora, es perfeccionado en el cielo; no es una sumisa humillación de sí mismo con gemidos, lágrimas y súplicas; no, no puede ser considerado como una intercesión *oral* como ruego, sino sencillamente *real* por presentarse él mismo ante el trono de gracia rociado con la sangre del pacto para interceder por nosotros “por su propia sangre... para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (He. 9:12, 24), presentándose de manera que su oblación ya realizada tuviera eficacia perpetua hasta haber llevado a gloria a los muchos hijos que le fueron dados por Dios. En esto pues, consiste su intercesión, siendo, por así decirlo, la continuación de su oblación. Fue el “Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Ap. 13:8). De hecho, su intercesión antes de su verdadera oblación en la plenitud del tiempo, no es más que una presentación del compromiso asumido por la obra que a su tiempo se cumpliría; con seguridad lo que le sigue no es otra cosa que una presentación de lo que, de acuerdo con el compromiso, se haría

realidad, de manera que no es más que una continuación de lo que postula su oblación, haciendo memoria y declarando aquellas cosas obtenidas por ella. ¿Cómo, entonces, podría ser posible que una de las dos cosas abarcara más que la otra? ¿Puede decirse de él que se ofrece por aquellos por los que no intercede? Su intercesión no es más que una presentación de su oblación por aquellos por quienes sufrió y para darles todo lo bueno que fue comprado por ella.

**La relación que tiene esta cuestión con la doctrina de la elección es obvia.** La... doctrina de que por el puro afecto de su voluntad, Dios predestinó infaliblemente a ciertas personas escogidas de la masa de la humanidad caída para salvación con todo lo que esto implica y que, al hacerlo, en su soberanía pasó por alto al resto de la humanidad, dejándola librada a las consecuencias naturales de su pecado, da por resultado, la cuestión de los designios de Dios de entregar a su Hijo a la muerte. Es imposible pensar que la misma mente que, en su sabiduría, predestinó a los escogidos para salvación y al resto de la humanidad para el castigo por sus pecados haría, al mismo tiempo, un gran sacrificio por quitar los obstáculos legales de aquellos para cuya senda es decretado que otros obstáculos *no* serían quitados.

**Nuestro punto de vista tiene la ventaja primordial de coincidir y armonizar con los hechos del caso y de representar a Cristo como el designado para obtener con su muerte, precisamente, lo que con ella logró y nada más que eso.** Creemos que el Padre determinó lograr por la muerte [del Hijo] los siguientes objetivos:

(1) Evidentemente, en cuanto a las finalidades, a las cuales se relacionan todas las otras, la única que provee una razón adecuada por lo que él hizo, es que ella fue asegurar la salvación de su propio pueblo, de aquellos que el Padre le había dado; (2) Para lograrlas, escogió comprarlos, y luego comunicarles, eficazmente, la fe y el arrepentimiento, y todos los frutos del Espíritu.

Tomado de *The Atonement* (La expiación), de dominio público.

---

**Archibald Alexander Hodge** (1823-1886): Teólogo presbiteriano norteamericano, hijo de Charles Hodge, nacido en Princeton, Mercer, Nueva Jersey, EE.UU.



# EL PROPÓSITO DE DIOS CONSUMADO

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

*“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos” (Apocalipsis 19:7-8).*

**M**i objetivo principal es mostrarles que esa unión gloriosa y bendita que será celebrada entre la Iglesia y su Señor, será lo que Juan llama “las bodas del Cordero”. La unión siempre bendita y eterna de las almas con Cristo será específica y enfáticamente dependiente de su sacrificio. El Apóstol amado que recostó su cabeza sobre el Maestro y el que más sabía de él por inspiración del Espíritu Santo, describe aquí la unión perfecta de toda la Iglesia de Dios con su Esposo divino con estas palabras: “Han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado”...

Haré todo lo posible por explicar esta boda. Dios la deja velada, pero a la vez, la revela en este versículo de Apocalipsis. ¡Dios no permita que nos metamos donde el Espíritu Santo nos ha cerrado la puerta! En cambio, pensemos en lo que sí sabemos y quiera el Santísimo que sea para nuestro provecho...

**La boda del Cordero es el resultado del don eterno del Padre.** Dice nuestro Señor: “Tuyos eran y me los diste” (Jn. 17:6). Su oración fue: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Jn. 17:24). El Padre escogió y le dio sus escogidos a su Hijo para que fueran su porción. Por ellos, hizo un Pacto de Redención por el cual se comprometió que, llegado el tiempo, asumiría su naturaleza y los libraría del castigo, pagando la pena por las ofensas de ellos y haciéndolos suyos. Amados, aquello que fue acordado en los concilios de la eternidad y determinado entre las excelsas partes contratantes, llega a su culminación aquel día cuando el Cordero establece una unión eterna con todos aquellos que el Padre le dio desde la eternidad.

Ésta es la *realización de la boda* que, a su tiempo, tuvo lugar con cada uno de ellos. No intentaré explayarme en las distinciones, pero en lo que nos concierne a ustedes y a mí, es el Señor Jesús quien se desposó con cada uno de nosotros en justicia desde el primer momento cuando

creímos en él. Luego, nos tomó para que fuéramos suyos y se entregó para ser nuestro, de modo que podemos cantar: “Mi amado es mío, y yo suya” (Cnt. 2:16). Ésta fue la *esencia de la boda*. Pablo, en la epístola a los Efesios, presenta a nuestro Señor ya desposado con la Iglesia. Cabe mencionar acá la costumbre oriental, por la que, cuando la novia es desposada, se practican todos los ritos santos correspondientes al matrimonio, pero puede haber un intervalo considerable antes de que la esposa sea llevada a la casa de su marido... En conclusión, ustedes y yo estamos desposados hoy con nuestro Señor y él está unido con nosotros por lazos inseparables. No desea separarse de nosotros, ni tampoco podríamos nosotros separarnos de él. Él es la delicia de nuestras almas y él se regocija sobre nosotros con alegría (Sof. 3:17). Alegrémonos porque nos ha escogido y llamado y, en virtud del desposorio, esperamos expectantes la boda. Sintamos aun ahora, que aunque en el mundo, no somos parte de él. Nuestro destino no se cuenta entre los hijos de los hombres frívolos. Desde ahora, nuestro hogar está en los cielos...

*El día de boda indica el perfeccionamiento del cuerpo de la Iglesia.* Ya les he comentado que la Iglesia en ese día, será completada, puesto que no lo está ahora. Adán duerme y el Señor toma una costilla de su costado y de ella forma una compañera para él: Adán no la veía mientras era formada, pero abrió los ojos y ante él se encontraba la forma perfecta de su compañera (Gn. 2:18). Amados, la Iglesia verdadera está en formación y, por lo tanto, no es visible. Existen muchas iglesias, pero en cuanto a la Iglesia universal de Cristo, no la vemos por acá ni por allá... Pero el día vendrá cuando haya completado su nueva creación y, entonces, la mostrará a ella, creada para el segundo Adán, para ser su alegría por toda la eternidad. La Iglesia no se ha perfeccionado todavía. Leemos de los que ya están en el cielo, que no serán “perfeccionados aparte de nosotros” (He. 11:40). Hasta que ustedes y yo lleguemos allá, si es que somos verdaderos creyentes, no puede haber una Iglesia perfecta en gloria. A la música de las armonías celestiales le faltan algunas voces. Algunas de sus notas son demasiado graves y otras demasiado agudas hasta que lleguen los cantores que han sido ordenados para dar al coro su gama de sonidos más completa... Amados, en el día de las bodas del Cordero, allí estarán todos los escogidos, —grandes y chicos— aun todos los creyentes que hoy están luchando intensamente con pecados y dudas y temores. Estará allí cada miembro vivo de la Iglesia viviente para desposarse con el Cordero.

Esta boda significa más de lo que les he presentado. Ahí está *el hogar*... ¡Todos los fieles estarán pronto en tu tierra, oh Emmanuel! Moraremos en la tierra que fluye leche y miel, la tierra donde no hay nu-

bes ni se pone el sol, el hogar del bendito Señor. ¡En la morada de la Iglesia perfecta reinará la felicidad!

La boda es *la coronación de la prometida*. La Iglesia es la novia del gran Rey: Él pondrá la corona sobre su sien y la dará a conocer como su verdadera esposa para siempre. ¡Oh, qué día será aquél cuando cada miembro de Cristo sea coronado en él y con él, y cada miembro del cuerpo místico sea glorificado en la gloria del Esposo! ¡Oh, que esté yo allí aquel día! Hermanos, tenemos que estar con nuestro Señor en la lucha si habremos de estar con él en la victoria. Tenemos que estar con él sufriendo la corona de espinas si habremos de estar con él disfrutando la corona de gloria. Tenemos que ser fieles por su gracia y fieles hasta la muerte si habremos de compartir la gloria de su vida sempiterna.

No puedo decirles absolutamente todo lo que significa, pero este matrimonio, ciertamente, significa que todos los que han creído en él *vivirán una felicidad que nunca acabará*; una felicidad que no se empaña por el temor ni la duda. Morarán para siempre con el Señor, glorificados eternamente con él. No esperen que los labios de barro hablen de este tema. Se necesitan lenguas de fuego, palabras que caen como centellas sobre el alma.

Un día vendrá —el día de los días— la corona y gloria del tiempo cuando desaparezca para siempre todo conflicto, riesgo y juicio; los santos, engalanados con la justicia de Cristo serán eternamente uno con él: Viviendo, amando, unidos para siempre, compartiendo la misma gloria, la gloria del Altísimo. ¡Qué será allí estar! Mis queridos lectores, ¿estarán ustedes allí? Aseguren su llamado y elección. Si no están confiando en el Cordero en la tierra, no reinarán con el Cordero en su gloria. El que no recibe al Cordero como el sacrificio expiatorio, nunca será la esposa del Cordero. ¿Cómo pueden esperar ser glorificados con él si lo olvidan el día de su escarnio? ¡Oh Cordero de Dios, mi sacrificio, tengo que ser uno contigo, porque serlo es mi vida misma! No podría vivir separado de ti. Si ustedes, lectores míos, pueden decir lo mismo, de seguro participarán en la boda del Cordero...

**Lo siguiente a considerar es que el Cordero nos amó y dio pruebas de su amor.** Amados, cuando vino del cielo a la tierra y vivió entre nosotros como “un hombre humilde delante de sus enemigos”, no nos dio solamente palabras sino que, sobre todo, procedió a realizar obras del más sincero afecto. La prueba suprema de su amor fue que como cordero fue llevado al matadero. Cuando derramó su sangre como sacrificio, pudo haberse dicho con razón: “¡Mirad como los amaba!”. Para dar prueba de su amor, no mencionaríamos la transfiguración, sino la crucifixión. Getsemaní y el Gólgota estarían a flor de labios.

Esto, como demostración, arrasa con cualquier posibilidad de duda de todo corazón sincero; el Bien Amado demostró que nos amaba. Vean como lo dice la Palabra: Cristo, “el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20), como si darse a sí mismo por mí es una prueba clara de que me ama. Dice también que “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella,” (Ef. 5:25). La prueba de su amor por la Iglesia fue entregarse a sí mismo. “Estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros” (1 Jn. 4:10). Entonces ya ven como un Cordero dio prueba de su amor y como un Cordero celebró su matrimonio con nosotros.

Demos un paso más. El amor matrimonial debe expresarse por ambas partes. Es como cuando amamos por primera vez al Cordero. Yo no amaba a Cristo. ¿Cómo podía haberlo hecho hasta no ver sus heridas y su sangre? “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn. 4:19). Su vida perfecta era una condenación para mí y también me impulsó a admirarlo; pero el amor que me acercó a él fue su carácter de sustituto, cuando cargó con mis pecados en su propio cuerpo en la cruz. ¿Acaso no es lo mismo en el caso de ustedes, amados míos? He oído de muchas conversiones basadas en la admiración del carácter de Cristo, pero no he visto una personalmente; lo único que he visto son conversiones por un sentido de necesidad de la salvación y por un sentido de culpabilidad que nunca puede ser satisfecha fuera de su agonía y muerte, por la cual el pecado es perdonado y la maldad es sometida. Ésta es la gran doctrina que gana a los corazones. Cristo nos ama como el Cordero y como el Cordero lo amamos nosotros.

**Además, el matrimonio es la unión más perfecta.** De hecho, es la manera como el Cordero, que es Jesús, está más unido a su pueblo. Nuestro Señor se acercó mucho a nosotros cuando tomó sobre sí nuestra naturaleza, de este modo, fue hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne. Se acercó grandemente a nosotros cuando, por esta causa, dejó a su Padre y se convirtió en una sola carne con su Iglesia. No podía ser pecador como lo era ella, pero cargó con todos nuestros pecados y los arrojó lejos, como está escrito: “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.” (Is. 53:6). Cuando “fue contado con los pecadores” (Is. 53:12) y cuando la espada de venganza lo traspasó en nuestro lugar, se acercó más de lo que hubiera podido hacerlo en la perfección de su Encarnación. Es imposible concebir una unión más íntima que la de Cristo y las almas redimidas por su sangre. Al contemplarlo en la muerte, me siento impulsado a exclamar: “¡Eres un esposo por sangre para mí, oh Jesús! Estás unido a mí por algo

más íntimo que el hecho de ser de mi naturaleza, es porque esa naturaleza tuya cargó con mi pecado y sufrió la pena y la ira en mi lugar. Ahora eres uno conmigo en todas las cosas por una unión semejante a la tuya con tu Padre”. Nuestro Señor investido del carácter del Cordero es lo que ha logrado esta unión maravillosa.

Lo repetimos, *nunca nos sentimos uno con Jesús como cuando lo vemos como el Cordero...* Nunca me siento más cerca de mi Señor que cuando contemplo su cruz maravillosa y lo veo derramando su sangre por mí... Casi me he sentido en sus brazos y, como Juan, me he reclinado sobre su pecho cuando he contemplado su pasión. Por lo tanto, no me sorprende que su mayor intimidad con nosotros sea en su calidad del Cordero y, dado que nosotros logramos nuestra mayor intimidad con él en esa calidad, vio a bien llamar a la sublime y eterna unión con su iglesia, “las bodas del Cordero”.

Y, oh amados, cuando pensamos en ello, estar desposados con él, ser uno con él, no tener pensamiento, objeto, anhelo ni gloria más que el que mora en Aquel que vive y estuvo muerto, ¿no será eso realmente el cielo, del cual el Cordero será la luz? Porque por siempre contemplar y adorar a Aquel que se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, como nuestro pecado y propiciación<sup>1</sup> será una fiesta eterna de amor agradecido. Nunca nos cansaremos de tratar este tema...

**Habré terminado mis consideraciones cuando haya vuelto a hacer esta pregunta:** ¿Confías en el Cordero? Te advierto que si tienes una religión que no incluye la sangre de Cristo, no tiene ningún valor; será mejor que te libres de ella. No te servirá para nada. Te advierto también que, a menos que ames al Cordero, no puedes estar desposado con él porque nunca lo estará él con los que no le aman. Tienes que aceptar a Cristo como un sacrificio o nada. Es inútil decir: “Seguiré el ejemplo de Cristo”. No lo harás. De nada sirve decir: “Él será mi maestro”. No te tendrá por discípulo, si no lo tienes como un sacrificio. Tienes que aceptarlo como el Cordero o terminar con él. Si desprecias la sangre de Cristo, desprecias la persona de Cristo en su totalidad. Cristo no es nada para ti, si no es tu expiación. Cualquiera que espera ser salvo por las obras de la Ley o *cualquier otra cosa* que no sean su sangre y su justicia, no es cristiano, no tiene parte con Jesús aquí y no tendrá parte con él en el más allá cuando tome para sí a su propia Iglesia redimida para ser su esposa por toda la eternidad. Dios te bendiga en nombre de Cristo. Amén.

Tomado de un sermón predicado la mañana del Día del Señor, 21 de julio, 1889, en el Tabernáculo Metropolitano, Newington.

---

<sup>1</sup> **Propiciación** – Aplacamiento; sacrificio que quita la ira.



# AMANDO A JESÚS POR SU OBRA ETERNAL

Isaac Ambrose (1604-1664)

**D**ebemos amar a Jesús por llevar a cabo esa obra grandiosa de nuestra salvación en la eternidad. Y ésta es el fruto o efecto de la fe porque, una vez que creemos, todos esos designios y transacciones nos corresponden, ¡sí! Son para nosotros. Entonces, ¿cómo podemos dejar de amar a ese Dios y a ese Cristo que nos amó a nosotros primero y sin reservas? Dios nos amó antes de que nosotros lo amáramos a él, nos amó aun en aquella eternidad antes de la fundación del mundo. Por ende, hemos de amarle por sobre todas las cosas. Así como el diamante da forma y forja al diamante, el amor da forma y forja al amor. O así como una pequeña chispa convierte al combustible en un gran fuego, así este antiguo amor de Dios y Cristo bien puede causar que nuestro amor se renueve.

¡Oh Cristo! ¿Acaso no nos amaste?... ¿Quién puede dudar, si lee del designio eterno de Dios, que Cristo se entregara a sí mismo y sufriera lo indecible por la [intensidad] de su amor? ¿Que Cristo doblegara su majestad al punto de morir por nosotros para que no muramos, sino vivamos con él? ¡Ay, cómo debiera esto encender en nuestro corazón el amor más ardiente hacia Dios y Cristo que puede haber! ¿Qué [obra] motiva con más eficacia el amor del hombre... que el amor y la generosidad de otro? Bernard<sup>1</sup> en su *Epístola 107* comenta: “¿Quién pues, es justo, excepto el que se vuelve a Dios, quien lo ama y es amor? Y esto nunca sucede, a menos que por fe, el Espíritu le revele al hombre el propósito de Dios de su salvación futura”. Y por esto es que el corazón está en su mejor forma cuando considera el amor eterno de Dios en Cristo... ¡Ay, alma mía! Que puedas tú vivir la fe en estos actos eternos para poder obtener los mejores frutos de la fe, no sólo amar a Dios y a Cristo, sino amarlos con un amor ardiente, con un amor poderoso, un amor como el que se manifiesta en procurar vigorosamente a Jesucristo y en tu entrega más fiel a Dios; un amor que manifiesta el aspecto más grato de Dios y de Cristo que lleva al hombre a mirar a Dios y a Cristo con gran gozo; un amor que lleva al hombre a exaltar a Dios con alabanzas. De estos distintivos depende la fuerza del amor... De

---

<sup>1</sup> Bernard de Clairvaux (1090-1153) – Reformador monástico francés reconocido por su devoción.

hecho, los mejores afectos tienen sus arrebatos de éxtasis; es posible que en el presente tu amor sea frío. ¡Oh, acércate a *este* fuego! Reflexiona cómo Dios y Cristo te amaron pensando en lo siguiente:

**Su proyecto de salvar tu alma surgió de su amor.** El amor fue la primera rueda que echó a andar las obras eternas de Dios. ¿De dónde surgió el gran designio de Dios, sino solamente de una expresión de su amor? Se agradó en comunicarse y el motivo de esa comunicación fue su gran amor.

**Los concilios de Dios fueron todos por amor.** Cuando el amor era el factor rector del consejo, ¿dónde estabas tú? Cuando todos los atributos de Dios ya estaban en vigencia, fue el amor de Dios en Cristo lo que resolvió la cuestión de tu salvación.

**El conocimiento previo de Dios fue de amor y [aprobación].** En su amor eterno, te tomó para ser suyo. Te conocía desde antes, es decir, por su amor te apartó para vida y salvación: “Nos escogió en él antes de la fundación del mundo” (Ef. 1:4). Nos escogió *en* Cristo... Nada lo movió a elegirte más que su propia voluntad y amor.

**El propósito de Dios fue una resolución de amor.** Demuestra que su amor es constante, invariable y permanente: nada desapacible lo alterará. “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Jn. 13:1). Su amor no tiene fin, es desde la eternidad hasta la eternidad.

**El decreto de Dios fue... el acto de amor de otorgar esa gracia a sus escogidos.** Desde antes del tiempo, decretó [que este amor] sería un medio eficaz para llevarlos a la gloria.

**El pacto entre Dios y Cristo fue un acuerdo de amor.** Dios y Cristo acordaron salvar nuestras almas. A Cristo le fue dada gracia antes de que el mundo fuera (2 Ti. 1:9). A nosotros nos fue dada gracia; es decir, el amor y favor de Dios por gracia nos fueron dados antes de los tiempos seculares<sup>2</sup>. Ésta fue la intención de Dios desde la eternidad, este fue el designio, sí, el designio más maravilloso que Dios ha tenido: ¡Mostrar en Jesucristo su gloria infinita y las riquezas de su amor! No hay duda que tenía otros grandes designios al hacer cosas tan grandes como las que ha hecho. Pero por sobre todos los designios que alguna vez tuvo para todas sus obras, ésta es la principal: Honrar su misericordia, glorificar las riquezas de su amor y gracia. De no haber sido así, nunca hubiera creado el mundo. Y, por lo tanto, en ese mun-

---

<sup>2</sup> **Tiempos seculares** – Los tiempos después de la caída de Adán, cuando al ser humano dejó de importarle la adoración a Dios o la obediencia a él; edades profanas de la historia humana.

do venidero, Dios se complacerá en mostrarles a sus santos y ángeles lo que es capaz de hacer para una criatura. Sí, por toda la eternidad les declarará —con cuánta perfección y excelencia— su amor y misericordia... Para que los santos y ángeles admiren, adoren y magnifiquen por ello, el nombre de Dios eternamente.

¡Oh alma mía! ¿Puedes reflexionar sobre esto y no amar profundamente a quien tanto te ha amado a ti? Ven... si eres cristiano, todavía tienes algunos rescoldos, aunque pueden estar debajo de las cenizas. ¡Ven y aviva tus afectos con este fuego! Cristo tiene fuego en su mano: levanta tu vista y extiende la tuya para tomarlo de él. ¡Oh, tómallo con las dos manos y agradécete! La oración... contemplación y percepción juiciosa de la intervención del Espíritu, son los mejores instrumentos para encender este fuego de amor en ti.

¡Y creo que tu corazón debe ya comenzar a derretirse! Creo que debiera recibir impresiones más personales del objeto que tiene delante, creo que las obras eternas y los actos de Dios y de Cristo a favor de tu pobre alma debieran comenzar a sobrecogerte... “¿Por qué, Señor, está pasando esto? ¿Fui escogido en Cristo desde la eternidad? ¿Fui ordenado para recibir una herencia gloriosa antes de que el mundo fuera? ¿Fue este asunto de hacerme feliz uno de los profundos y principales propósitos de Dios? ¿Fue ésta una de las obras de su sabiduría de la que se ocupó antes de que comenzara el mundo? ¿Fue el gran designio de Dios al crear al mundo y al crear el cielo —el sitio de gloria— glorificarse a sí mismo y glorificar a un pobre perdido como lo soy yo? Entonces, ¡cómo debiera esto llenar profundamente mi corazón con el amor de Dios y el amor de Cristo!... ¡Ah! ¡Qué flamas de afecto, qué arrebatamiento de fervor, qué ardor de placer, qué éxtasis de obediencia pueden ser suficientes para mi Dios bendito y bien amado Redentor!

Tomado de *Looking unto Jesus* (Puestos los ojos en Jesús), Sprinkle Publications, [www.sprinklepublications.net](http://www.sprinklepublications.net).

---

**Isaac Ambrose** (1604-1664): Pastor anglicano, en ese entonces presbiteriano; nacido en Ormskirk, Lancashire, Inglaterra, Reino Unido.

